

LUCIO ANNEO SÉNECA

TRATADOS MORALES

Traducción de Denes Martos

Edición Original: ca. 63 DC

Edición Electrónica: 2009

Prólogo del Traductor

En un mundo inmerso en el hedonismo y el permisivismo, dónde el placer y la riqueza se han convertido en valores máximos prácticamente indiscutibles, resulta un poco difícil exponer la filosofía de los últimos estoicos romanos. Y, sin embargo, resulta bastante apropiado si uno tiene en cuenta que estos filósofos vivieron y escribieron en un mundo que, en muchos sentidos, resultaba muy similar al nuestro. Porque Séneca, Epicteto y Marco Aurelio fueron testigos del mismo hedonismo y de la misma relajación moral que observamos hoy por casi todas partes. Sólo que nuestros actuales intelectuales, cuando se trata de ellos, los relacionan con la decadencia del Imperio Romano mientras se resisten a admitir que, dados los mismos síntomas y por los mismos motivos, Occidente se halla hoy prácticamente en la misma decadencia. Con lo que Oswald Spengler tiene amplias posibilidades de terminar teniendo razón.

En las obras de estos estoicos uno se topa a cada paso con el concepto de la **virtud**. No deja de ser sintomático que hoy resulte necesario explicar el término para guiar al lector. Por de pronto, establezcamos qué **NO** es la virtud estoica. No es, como muchos imaginan, algo limitado al pudor o a la moralidad sexual. La moral estoica, si bien incluye y exige un comportamiento sexual digno – excluyendo *contrario sensu* a la lascivia y a la lujuria desenfrenadas – va mucho más allá de la simple erótica y, por lo tanto, la virtud, tal como la entendían los estoicos, es algo muchísimo más amplio que la preocupación por establecer quién se acuesta con quién y por qué. En realidad, si pusiésemos a la moral sexual de griegos y romanos un poco bajo la lupa muy rápidamente nos daríamos cuenta de que esa moral aceptaba con naturalidad y hasta indiferencia cosas que nuestra moralina burguesa de tan sólo un siglo atrás habría condenado escandalizada. Y hasta cosas que cualquier moral sana y robusta rechazaría asqueada; los primeros cristianos no exageraron en absoluto cuando condenaron en durísimos términos las perversiones paganas.

Pero vayamos a lo positivo y veamos brevemente qué entendían los romanos cuando hablaban de virtud. La etimología de la palabra puede llegar a resultar bastante curiosa para una persona actual. “Virtud” proviene del latín “virtus” que, a su vez, se relaciona con “vir”. Su significado principal es el de “valor” o “valentía” y más propiamente de “valentía física” ya que “vir” o “vis” se traduce por “varón” o “fuerza”. De allí términos como “virilidad”, “virulencia”; incluso “virtual”, indicando que algo tiene fuerza a pesar de no ser real.

El hecho es que, además de estos juegos de etimología (que rara vez son para confiar del todo), en la Roma antigua las personas de sexo masculino se distinguían en dos clases muy diferentes: por un lado podemos hacer referencia a los “vir” o “varones” y por el otro a los “homo” u “hombres”. El “varón” romano es asimilable a los conceptos de señor, guerrero, hombre libre, propietario de bienes y personas, mientras que el “homo” (que quizás tenga algo que ver con “humus” – tierra) es prácticamente el esclavo, el siervo (“servus”), el subalterno. La “virtus” correspondía, naturalmente, al “vir” o “varón” y marcaba el comportamiento que le permitía conservar su estado de Señor y hombre libre mientras que al “homo” le correspondía la “humanitas” que marcaba el comportamiento del siervo, del esclavo, de la persona dominada.

No deja de sorprender la metamorfosis que han sufrido estos conceptos con el tiempo. No habría que forzar, para nada, los argumentos si se quisiera demostrar que la idea del “vir” o la virilidad se halla hoy fuertemente devaluada mientras que el concepto de “homo” o “humanidad” goza – al menos en el ámbito de lo “políticamente correcto” – del mayor de los prestigios. Incluso en esta traducción se ha optado por emplear el término “hombre” ya que “varón” sonaría a arcaísmo para la gran mayoría de los lectores de hoy y “hombre”, mal que bien, todavía tiene una reminiscencia de generalidad. Y la aclaración es necesaria porque no sólo hemos perdido el uso y hasta el significado de la palabra “varón” sino que, gracias a un feminismo que reclama todos los derechos sin hacerse cargo de casi ninguno de los deberes, el empleo de la palabra “hombre” casi ha perdido su significado universal como sinónimo de “ser humano”. Con esto de haber perdido el concepto de lo varonil y haber exagerado el concepto de lo humano hasta la sensiblería, un romano de la época de Séneca diría que nuestra civilización se ha afeminado al tiempo que ha adoptado una moral de esclavos.

Es que la Antigüedad tenía una concepción muy diferente de estas cosas. Según Platón, el hombre dispone de tres grandes recursos para conducirse por la vida. Estos recursos son: el intelecto, la voluntad y la emoción. A cada uno de estos recursos le corresponde una virtud. La **sabiduría** es la virtud del intelecto que nos permite diferenciar lo correcto de lo incorrecto y saber cuando y cómo hacer las cosas para que estén bien hechas. La **valentía** es la virtud de la voluntad. Gracias a ella tenemos el valor y el coraje de hacer lo que la sabiduría nos dice que hay que hacer. Y por último, la **disciplina** es la virtud de las emociones y nos permite controlar todo aquello que nos impulsaría a alejarnos o dejar de lado los deberes dictados por la sabiduría.

En términos generales, ésta era la idea que sostenían los estoicos romanos cuando hablaban de virtud; por supuesto que con matices e interpretaciones personales. Más tarde, el cristianismo heredaría el concepto y lo desarrollaría concibiendo las tres virtudes teologales de Fe, Esperanza y Caridad, junto con las cuatro cardinales de Prudencia, Fortaleza, Justicia y Templanza. Y ya que mencionamos la moral cristiana como heredera de al menos buena parte de la moral estoica, forzoso es, también, marcar algunas importantes diferencias.

El estoicismo surgió originalmente en Grecia y se desarrolló a partir de las enseñanzas de Zenón de Citio (336-264 a.C.), fundador de una escuela de filosofía que tenía su sede en un lugar denominado "*Stoa Poikile*" que significa "pórtico decorado". El lugar - la Stoa - se convirtió luego en el nombre de toda la escuela filosófica y es la última de las famosas escuelas de la Atenas antigua. Pertenecieron a ella en la primera época (Siglos III a II AC), Zenón, Cleantes y Crisipo. En la segunda época (Siglos II a I AC) se destacan Panecio, Posidonio y Cicerón.

Al final del siglo II a.C., la filosofía estoica estaba firmemente asentada en Roma, tanto en las clases nobles como en las menos aristocráticas. Llegó a ser bastante popular en el ejército - al igual que el arrianismo cristiano unos siglos más tarde - ya que su prédica de la indiferencia frente a las adversidades se condecía muy bien con el espíritu guerrero de las legiones. A su vez, las clases más altas se sintieron atraídas por su apelación a la “ciudadela interior” y, en ese entorno, intelectuales del calibre de Séneca, Epicteto y el emperador Marco Aurelio fueron los últimos exponentes del estoicismo.

La moral de los últimos estoicos romanos es sin duda admirable en muchos aspectos y, como ya se ha dicho, resulta sorprendentemente actual, dada la situación en que se encuentra Occidente. Pero hay algunas cosas que, no obstante, molestan y mueven a crítica. Una de ellas, probablemente la principal, es la falta del concepto de trascendencia. Para los estoicos que estamos comentando, los dioses existen, la fe en ellos existe, la Creación existe, la espiritualidad existe, el orden divino del Universo es real, pero en última instancia nuestra existencia terrenal es lo que tenemos y es **lo único** que tenemos – lo demás son meras especulaciones. Hablando de “el problema del mal” y de responder a las preguntas de “¿Por qué habremos de sufrir? ¿Por qué habremos de morir?” Hilaire Belloc comenta, respecto del estoicismo: *«Otro camino, que fue el favorito de la alta civilización pagana de la que surgimos – el camino de los grandes romanos y los grandes griegos – es el camino del estoicismo. En forma vulgar, podríamos llamarlo “la filosofía del sonríe y sopórtalo”. Algún que otro académico lo ha designado como “la religión permanente de la humanidad” pero por cierto que no es nada de eso; aunque más no sea porque no es una religión en absoluto. Esta actitud posee al menos la nobleza de enfrentar los hechos, pero no propone ninguna solución.»* ([Hilaire Belloc “Las Grandes Herejías”](#), Cap. 5 El ataque albigense)

Si bien esta actitud no resulta “completamente negativa” como Belloc afirma más adelante, es cierto que – considerando las cosas con profundidad – no ofrece ninguna solución sustancial. En alguna medida propone la virtud por la virtud misma – o bien, según Séneca, como fuente de felicidad – lo cual por supuesto no es del todo incorrecto ni mucho menos está mal, pero no enlaza la virtud con la trascendencia; entendiendo esta última no como un “premio” a la virtud sino como el **objetivo** último de la vida virtuosa, que es la idea básica subyacente a la virtud cristiana no herética. En otras palabras: sin la trascendencia, la vida virtuosa poseerá **motivos**, pero se queda sin ese **objetivo último** que le da sentido en absoluto.

En Séneca, el resultado de esta ausencia de la noción de trascendencia se traduce en un rasgo particularmente desagradable del estoicismo: la justificación del suicidio. Y es un rasgo que en él no hay más remedio que tomar al pie de la letra desde el momento en que fue exactamente de ese modo que terminó con su propia vida. Por supuesto: no se trata aquí de una justificación del suicida sin consideración alguna por motivos o circunstancias. No es la cobardía ante la adversidad lo que para el estoico justifica el suicidio. Hay límites muy marcados para esa justificación: cuando a un hombre de honor ya le resulta imposible vivir una vida honorable, la decisión de continuar esa vida o ponerle fin queda en sus manos. O bien, como dice Séneca: para salir de la vida “la puerta está abierta” y es una decisión individual el cruzar – o no – el umbral que de cualquier manera en algún momento se tendrá que cruzar. Y forzoso es reconocer que Séneca hizo coincidir su acción con sus palabras. Contemporáneo de Nerón, eligió salir por esa puerta cortándose las venas antes que verse sometido a hacer el triste papel de corifeo del déspota degenerado.



Manuel Rodríguez - La Muerte de Séneca (litografía)

Con todo, aun aceptando el ingrediente de orgullosa honorabilidad que hay en la actitud, la justificación no resiste el análisis profundo. Ya a primera vista se tiene la sensación de que a esa justificación le falta algo y, por poco que se lo piense, no cuesta mucho encontrarlo: le falta la noción de que la vida no es una propiedad individual sino algo sagrado. El individuo no tiene derecho a disponer de la vida a su antojo, en primer lugar porque la vida – **su** vida – es algo que **le ha sido dado** y, por lo tanto, no es de su exclusiva propiedad estrictamente hablando y, en segundo lugar, porque, aun teniéndola, no le es exclusiva desde el momento en que es algo de lo cual **participa**, siendo que la vida es un don compartido por muchos otros seres del universo. Considerándolo todo hasta las últimas consecuencias, lo cierto es que nuestra vida, en realidad, no es nuestra; nos es dada como una forma de participar, por un tiempo limitado, de un fenómeno universal cuyas causas últimas ignora hasta la más avanzada de nuestras ciencias y sobre cuya Causa Primera sólo la religión puede dar respuesta. Por eso es que a la pregunta de **por qué** nos fue dada sólo la religión puede contestar. Y es cierto que la filosofía, en principio, puede contestar a la pregunta de **para qué** nos fue dada. Pero la respuesta al “para qué” siempre será de algún modo insatisfactoria si no se ha contestado primero aquella otra del “por qué”. Nunca resultará del todo convincente una teoría que explique para qué vivimos si esa misma teoría no nos ofrece también al menos alguna idea de por qué lo hacemos.

No obstante, Séneca se deja leer con provecho. Más aun: se deja leer con placer, no sólo porque tiene algunas frases brillantes y lapidariamente certeras sino porque obliga a pensar y a repensar nuestros valores. Considerándolos en conjunto y habiendo hecho las salvedades del caso, lo que realmente asombra y sorprende en estos textos es que fueron escritos hace dos mil años atrás. Y no sólo sorprende su casi increíble actualidad sino que obliga a preguntarnos si, entre la miríada de escritores y escritoruelos que hoy llenan las librerías con toneladas de publicaciones, acaso hay alguno – aunque sea uno

solo – que, al igual que Séneca, soportaría el embate de veinte siglos sin perder vigencia.

* * * * *

El texto original utilizado para la presente traducción fue la versión inglesa de John W. Basore – publicada en Londres por W.Heinemann (1928-1935) en 3 Volúmenes. “De la Divina Providencia” pertenece al Volumen I y “De la Vida Feliz” al Volumen II de dicha edición.

Denes Martos
Febrero 2009

Breve semblanza del autor

Quizás sorprenda a algunos, pero con los criterios actuales Lucius Annaeus Seneca sería probablemente español.

Aunque no hay documentación fehaciente que lo demuestre, se estima que nació en Córdoba hacia el año 4 AC en el seno de una familia acomodada que lo envió a Roma alrededor del 5 DC donde recibió la mejor educación que su época podía ofrecer. Además de viajar también por Egipto, estudió con los pitagóricos Sextio y Soción de Alejandría, con el estoico Atalo y con Demetrio el cínico.

Debió ser un buen abogado y un interesante orador ya que fue conocido desde muy joven. Miembro del Senado, tuvo sus desencuentros con Calígula y, finalmente, cayó en desgracia bajo el gobierno de Claudio. Lo desterraron a Córcega en el 41 DC, después que Mesalina lo acusara de tener relaciones con Julia Livia, hija de Germánico y Agripina. Tal vez el pertenecer al círculo de amistades de Agripina (La Joven – es decir: la madre de Nerón) también hija de Germánico, una eterna y tenaz conspiradora, fue el pecado político que Séneca pagó con su exilio en Córcega. Sin embargo, en ocho años pasan muchas cosas y, al casarse Claudio con Agripina, en el 49 DC Séneca es nuevamente llamado a Roma para hacerse cargo de la educación de un tal Lucius Domitius Ahenobarbus, un sujeto que luego pasaría a llamarse Nero Claudius Caesar Drusus Germanicus, y que en el 54 DC sucedería a Claudio en el gobierno de Roma pasando a la Historia simplemente como Nerón.





Platón, Séneca y Aristóteles en un manuscrito medieval del Siglo XIV

Séneca no fue pobre en absoluto. Llegó a tener una fortuna importante, distribuida por todo el Imperio y controló la administración pública en conjunto con el Jefe de la Guardia Pretoriana, un hombre con el, para nosotros, algo extraño nombre de Sexto Afranio Burro. El hecho es que, cuando Burro murió, el enfrentamiento con Nerón se hizo prácticamente inevitable. Ante ello, Séneca se deshizo de buena parte de su fortuna y se retiró de la vida pública. Sin embargo, se vio envuelto en el complot de Gayo Calpurnio Pisón y, acorralado en una posición con opciones inaceptables, aceptó la orden de Nerón de suicidarse y se quitó la vida.

Fue un escritor bastante prolífico. Se le conocen (en algunos casos se le atribuyen) unos doce ensayos filosóficos, 124 cartas sobre cuestiones morales, nueve tragedias, una sátira y hasta un ensayo sobre meteorología.

La Iglesia de las primeras épocas lo consideró de un modo muy favorable. Tertuliano (155-230 DC) lo menciona como “nuestro Séneca” y algunos escritores medievales afirman que fue convertido al cristianismo por San Pablo. Esto, naturalmente, es muy poco probable; pero lo cierto es que Séneca y su filosofía constituyeron un frecuente punto de referencia para muchos pensadores cristianos.

De la vida feliz

A Galión

Capítulo I

Vivir felices, Galión hermano mío, es el deseo de todos los hombres pero sus mentes están ciegas y no tienen una visión clara de exactamente qué es lo que hace feliz a la vida. Es que no resulta nada fácil lograr una vida feliz porque, mientras más ansiosamente alguien quiera alcanzarla, más lejos se hallará de ella si ha cometido un error a lo largo del camino. Caminando en el sentido opuesto, su propia velocidad aumentará la distancia que lo separa del objetivo.

En primer lugar, por lo tanto, debemos establecer a qué apuntamos; luego debemos ver cual es el camino que nos conduce a ello con la mayor rapidez, y a lo largo de la jornada misma, si es que estamos sobre el camino correcto, descubriremos cuanta distancia hemos recorrido cada día y cuánto nos hemos aproximado al objetivo hacia el cual nos dirigimos por deseo natural. Pero mientras deambulemos sin rumbo fijo y sin guía alguna, siguiendo el ruido y los gritos discordantes de quienes nos llaman desde diferentes direcciones, nuestra vida se consumirá en cometer errores. La vida es breve aun cuando día y noche tratemos de obtener una sólida sabiduría.

Decidamos, pues, tanto el objetivo como el camino, sin olvidarnos de hallar algún guía experto que ya ha explorado la región por la cual estamos avanzando, porque las condiciones de esta jornada no son como las de las travesías ordinarias. En la mayoría de los viajes, algún camino bien señalado y las preguntas hechas a los habitantes de la región nos impiden perdernos; pero en éste, las rutas más holladas y las más frecuentes son las más engañosas. Nada, por lo tanto, debe ser más resaltado que la advertencia de no seguir como ovejas la dirección de la muchedumbre que marcha delante de nosotros y de no caminar como todos caminan en lugar de caminar como debemos hacerlo.

No hay nada que nos enrede en mayores males que el adaptarnos a la opinión general y creer que las mejores cosas son aquellas que gozan de amplia aprobación. Si hacemos eso, viviremos bajo las reglas, no de la razón, sino de la imitación; y el resultado de ello será que iremos atropellándonos los unos a los otros en la carrera hacia nuestra destrucción. Así como en las grandes catástrofes que afectan a la humanidad las personas se empujan unas a otras y nadie puede caer sin arrastrar consigo a alguien más mientras los que se hallan al frente causan la destrucción de los que vienen detrás, así también podrás apreciar que lo mismo sucede en todos los órdenes de la vida.

Nadie puede descarriarse y ser el único en sufrir las consecuencias. Si se descarria será causante y patrocinador de los errores de otros. Es peligroso unirse a la multitud que tenemos al frente y, en la medida en que cada uno de nosotros confíe más en algún otro que en su propio juicio, nunca tendremos un buen juicio sobre la vida sino tan sólo una confianza ciega, y cualquier error pasado de mano en mano finalmente nos envolverá y causará nuestra destrucción. Son los ejemplos ajenos los que nos destruyen. Separémonos simplemente de la multitud y volveremos a estar enteros.

Tal como están las cosas, el populacho, defendiendo su propia iniquidad, se alza contra la razón. Así es como vemos que el mismo fenómeno ocurre con motivo de las elecciones cuando, luego que la voluble brisa del favor popular ha cambiado de rumbo, las mismas personas que eligieron a los magistrados se asombran de los magistrados que han resultado elegidos. La cosa que en un momento dado obtuvo la aprobación es la misma que termina siendo rechazada al momento siguiente. Éste es el destino de todas las decisiones que siguen el voto de la mayoría.

Capítulo II

En el debate sobre la vida feliz, es inútil que me respondas, como si fuese una cuestión de votos: «Esto parece contar con la aprobación de la mayoría.» Porque

precisamente por eso es que será la peor opción. Los asuntos humanos no están dispuestos de tal modo que la mayoría prefiera las mejores cosas; todo lo contrario: la prueba de la peor elección es la muchedumbre. Por consiguiente busquemos qué es lo mejor para hacer y no qué es lo que con mayor frecuencia se hace. Eso establecerá nuestro objetivo para el logro de una felicidad duradera; y no lo que cuenta con el favor de la chusma, que constituye la peor exponente posible de la verdad.

Y llamo chusma a los cortesanos no menos que a los sirvientes de la cocina. No es la calidad de la vestimenta que cubre el cuerpo lo que me importa. Al juzgar a un hombre Los asuntos humanos no están dispuestos de tal modo que la mayoría prefiera las mejores cosas; todo lo contrario: la prueba de la peor elección es la muchedumbre. no me guío por las apariencias: tengo un criterio más confiable para distinguir lo falso de lo verdadero. Dejemos que el alma descubra las bondades del alma. Si el alma tuviese la libertad de respirar y de retirarse en sí misma - ¡qué de torturas sufriría! Confesándose la verdad, diría: «Quisiera dar por no hecho todo lo que hice hasta ahora; por todo lo que dije envidia a los mudos; por todo lo que he rezado considero mis plegarias como maldiciones de mis enemigos; y todas las cosas que he temido - ¡oh dioses! – ¡cuan más livianas hubieran sido comparadas con el peso de lo que he deseado! He estado enemistado con muchos y, dejando los odios de lado, he restablecido con ellos la amistad – si es que puede haber amistad entre los malos. Pero conmigo mismo no he podido entablar una amistad. He hecho todos los esfuerzos por apartarme de la multitud y por destacarme gracias a algún don. ¿Y qué he logrado, aparte de exponerme a los dardos de la malicia y mostrar los lugares en que podían llegar a herirme?»

¿Ves a todos esos que alaban tu elocuencia, que siguen tus riquezas, que cortejan tus favores, que exaltan tu poder? Pues todos ellos son tus enemigos o – lo que es lo mismo – lo podrán ser más tarde. Para saber cuántos te envidian, cuenta a tus admiradores.

Capítulo III

¿Por qué no buscar más bien algo realmente bueno – algo que se pueda sentir; no algo que se pueda exponer? Las cosas que atraen la mirada de los hombres, aquellas ante las cuales éstos se detienen, aquellas que se muestran los unos a los otros con admiración, son todas cosas que por el exterior brillan, pero por dentro carecen de valor. Busquemos algo que sea bueno más allá de la apariencia – algo que sea sólido, constante y más hermoso en su parte más oculta. Investiguemos eso y hallarás que no está lejos y puedes encontrarlo; sólo tienes que saber hacia dónde estirar la mano. Nuestra situación es como un desplazarse a tientas en la oscuridad, pasando al lado de cosas que están a mano y tropezando con los mismos objetos que buscamos.

Sin embargo, para no aburrirte con tortuosos detalles, mantendré silencio sobre las opiniones de otros filósofos porque sería tedioso enumerarlas a todas. Escucha tan sólo nuestra opinión. Pero cuando digo «nuestra» no me refiero a algún maestro estoico en particular; también yo tengo el derecho a formarme una opinión. Por consiguiente, seguiré a éste o aquél; me referiré a éste o aquél para zanjar una cuestión; y quizás también, obligado a referirme a todo el resto, no impugnaré la opinión de ninguno de mis predecesores sino que diré: «simplemente tengo tal cosa para añadir». Para saber

cuántos te envidian, cuenta a tus admiradores. En el ínterin seguiré la guía de la naturaleza – una doctrina respecto de la cual todos los estoicos están de acuerdo. La auténtica sabiduría consiste en no apartarse de la naturaleza y en moldearnos a nosotros mismos de acuerdo con sus leyes y sus modelos.

La vida feliz, por lo tanto, es aquella que está en armonía con su propia naturaleza y puede ser lograda de un solo modo. En primer lugar, debemos poseer una mente sana que se encuentre en constante posesión de su salud. En segundo lugar, debemos ser valientes y enérgicos; capaces, además, de la más noble fortaleza, listos para cualquier emergencia, cuidadosos del cuerpo y de todo lo que le concierne, pero sin ansiedad. Por último debemos estar atentos a todas las ventajas que adornan la vida pero sin una pasión exagerada por ninguna de ellas; debemos saber usar los dones de Fortuna sin convertirnos en sus esclavos.

Puedes comprender, incluso si no digo nada más, que, una vez apartado todo lo que nos excita o nos aflige, sobreviene una tranquilidad indestructible y una libertad duradera. Porque, cuando los placeres y los miedos han sido desterrados, todo lo que es trivial, frágil y nocivo aunque más no sea por el mal que ocasiona, resulta reemplazado por una alegría sin límites que es firme e inalterable, y que brinda paz, armonía del alma y verdadera fuerza ejercida con bondad. Porque la crueldad nace de la debilidad.

Fortuna era la diosa romana de la suerte. Por lo general, se la asociaba con la buena suerte, con las riquezas, con la fertilidad, la maternidad o, en una palabra con las cosas “afortunadas”; pero también podía dispensar “infortunios” o cosas “desafortunadas”. Sea como fuere, en la mitología aparece como la diosa más caprichosa del Olimpo. El árbol que le estaba consagrado era el roble y su festividad –la fiesta de *Fors Fortuna* – se celebraba el 11 de Junio.

Capítulo IV

Es posible definir este bien nuestro también en otros términos; esto es: la misma idea puede ser expresada en un lenguaje diferente.

Un ejército sigue siendo el mismo a pesar de que a veces se despliega en una línea más larga, o bien se concentra en un espacio reducido y se dispone, ya sea con un centro ahuecado y alas curvadas hacia delante o bien en un frente recto. Mas allá de cuál sea su formación, mantendrá el mismo espíritu y la misma resolución de defender la misma causa. Del igual modo, la definición del supremo bien puede ser dada, ya sea en forma prolífica y extensa, o bien en forma resumida y concisa.

Por ello, vendrá a ser lo mismo si digo: «El supremo bien es un ánimo que se burla de las ocurrencias del azar y se complace en la virtud» o bien si digo: «Es el poder de la mente que me hace ser inconquistable, sabio por experiencia, sereno en la acción, capaz de hacer gala de una gran cortesía y consideración en el trato con los demás.» También puede ser definido afirmando que el hombre feliz es aquél que no reconoce un bien o un mal distintos del bien de una mente buena y del mal de una mente malvada; es aquél que le atribuye importancia al honor, se conforma con la virtud, ni se envanece ni se

abate con los sucesos del azar; es alguien que no conoce un bien mayor al que él mismo puede darse, alguien cuyo auténtico placer es burlarse de los placeres.

Si alguien decidiera ser discursivo, también podría transferir la misma idea a varias otras formas de expresión sin dañar ni debilitar su significado. Porque ¿qué nos impide decir que una vida feliz implica disponer de una mente libre, elevada, audaz y firme – una mente que está más allá del alcance del miedo, más allá del alcance del deseo; una mente que considera a la virtud como el único bien y a la infamia como el único mal, y a todo lo demás como una masa de cosas sin valor que vienen y van sin aumentar ni disminuir el supremo bien, sin sumarle ni restarle nada a la vida feliz?

A un hombre con estos fundamentos lo seguirá – lo quiera o no – una alegría constante y un júbilo profundo le nacerá desde lo hondo de su ser puesto que halla su gozo en sus propios recursos y no desea alegrías mayores a sus alegrías interiores. ¿Acaso no deben estas alegrías ser puestas en la balanza y comparadas con las sensaciones mezquinas, triviales y pasajeras del deplorable cuerpo? En el momento en que el hombre domina el placer, dominará también el dolor. Por el contrario, puedes ver en cuan deplorable y vergonzoso cautiverio cae quien se deja esclavizar por los placeres y los dolores, ya que éstos son los tiranos más caprichosos y arbitrarios que existen.

Capítulo V

Debemos huir, pues, hacia la libertad. Pero la única forma de conseguirlo es ser indiferentes ante Fortuna. A partir de ese momento nacerá una inestimable bendición: la paz y la exaltación de una mente que se encuentra anclada en seguridad y, cuando todo error haya sido desterrado, se tendrá la gran y estable alegría que proviene del descubrimiento de la verdad, además de un ánimo amable y jovial. Y el placer de un hombre en todo ello no consistirá en que todas estas cosas son buenas, sino que nacen de un bien que le pertenece.

Viendo que he empleado cierta libertad en el tratamiento de mi asunto, diría que el hombre feliz es aquél que se halla libre tanto del miedo como del deseo gracias al don de la razón. También las rocas se hallan libres de miedos y de pesares, como asimismo lo están las bestias, pero nadie las llamaría «dichosas» siendo que no tienen comprensión de la dicha. Pon en la misma clase a las personas cuya estupidez natural y cuya ignorancia de su propio ser las ha reducido al mismo nivel de las bestias o de las cosas inanimadas. No hay diferencia entre las unas y las otras desde el momento en que, en un caso se trata de cosas sin raciocinio, y en el otro la razón se encuentra pervertida y opera en desmedro de quien la posee ya que opera en la dirección equivocada.

De ningún hombre se puede decir que es feliz si ha sido arrojado fuera del corral de la verdad. Por consiguiente, la vida feliz esta basada sobre el juicio correcto y confiable; y es inalterable. En este caso, la mente esta realmente libre de nubes y liberada de todo mal, puesto que sabe como evitar no sólo las heridas profundas sino hasta los rasguños; está resuelta a aferrarse hasta el fin a cualquier posición que ha tomado y defenderá esa posición incluso contra los asaltos de una furiosa Fortuna.

Porque, en lo concerniente a los placeres sensuales, éstos fluyen a nuestro alrededor por todas partes; se infiltran por cualquier abertura; ablandan la mente con sus lisonjas y emplean un recurso tras otro a fin de seducirnos en todo o en parte. Pero ¿quién de los mortales, si posee tan sólo un resto de lo que es un ser humano, preferiría sentir noche y día la excitación de sus sentidos y, abandonando a la mente, dedicaría toda su atención al cuerpo?

Capítulo VI

«Pero también la mente – se me dirá – tiene sus propios placeres.» Deja que las tenga, en efecto, y déjala hacer de árbitro entre lujos y placeres; deja que se sacie de las cosas. Ningún hombre puede ser feliz si no está sano, y ningún hombre puede estar sano si busca lo que le hará daño en lugar de aquello que le hará bien, que usualmente placen a los sentidos. Y después déjala mirar hacia atrás, hacia el pasado, y, rememorando placeres desvanecidos, déjala intoxicarse con experiencias anteriores para que anhele las que vendrán. Déjala hacer sus planes y, mientras el cuerpo yace inerte por la saciedad del momento, deja que dirija sus pensamientos hacia la saciedad por venir. Pero, con todo ello, la mente se volverá más deplorable que nunca; porque es una locura elegir males en lugar de bienes.

Ningún hombre puede ser feliz si no está sano, y ningún hombre puede estar sano si busca lo que le hará daño en lugar de aquello que le hará bien. El hombre feliz es, pues, el que tiene un juicio recto; el hombre feliz está contento con su destino, sea cual fuere, y está reconciliado con su circunstancia; el hombre feliz es el que permite que la razón establezca el valor de cada una de las condiciones de la existencia.

Incluso aquellos que afirman que el bien supremo es el estómago pueden ver el puesto poco honorable en el que lo han colocado. Por eso es que dicen que no es posible separar el placer de la virtud, y argumentan que nadie puede vivir en forma virtuosa sin al mismo tiempo vivir en forma placentera, ni vivir en forma placentera sin también hacerlo en forma virtuosa. Pero sigo sin ver cómo cosas tan diferentes pueden ser vertidas en el mismo molde. ¿Que razón existe – te pregunto – por la cual no se puede separar el placer de la virtud? ¿Quieres decir que, puesto que todos los bienes tienen origen en la virtud, aun las cosas que amas y deseas deben surgir de ella? Pero es que, si los dos fuesen inseparables, no veríamos cosas placenteras pero deshonorables y ciertas cosas por cierto muy honorables pero dolorosas y alcanzables sólo mediante el sufrimiento.

Capítulo VII

Además, vemos que el placer entra incluso en la vida más despreciable mientras que, por el otro lado, la virtud no permite que la vida sea malvada. Existen personas que son infelices pero no carecen de placeres – más aun: son así por causa de esos placeres – y

esto no podría suceder si el placer estuviese indisolublemente unido a la virtud. La virtud con frecuencia carece de placer y nunca la necesita.

¿Por qué unes cosas disímiles y hasta opuestas? La virtud es algo elevado, excelso, real, inexpugnable e infatigable; el placer es algo bajo, servil, débil y perecedero cuya morada y refugio son el prostíbulo y la taberna. A la virtud la hallarás en el templo, en el foro, en el senado. La hallarás haciendo guardia ante los muros de la ciudad, polvorienta, cansada y con callos en las manos. Al placer la mayoría de las veces lo hallarás escondiéndose de la vista y buscando la oscuridad; alrededor de los baños públicos, en los baños de vapor y en los lugares en dónde se teme a la policía; blando, debilitado, apestando a vino y a perfume, pálido, o bien pintado y realzado con cosméticos como un cadáver.

El bien supremo es inmortal. No conoce fin, no permite ni fastidio ni arrepentimiento; porque el pensamiento recto nunca se altera, ni siente repugnancia por sí mismo, ni sufre tampoco cambio alguno en su manera de ser, que es siempre la mejor. En cambio el placer se extingue justo cuando más se lo goza; dispone de tan sólo un pequeño espacio y pronto lo llena – aburre y se gasta rápido después del primer asalto. Tampoco es seguro aquello que, por su naturaleza, consiste en movimiento. De modo que ni siquiera es posible que haya alguna médula en lo que viene y va con gran rapidez y se extinguirá en el mismo ejercicio de su poder; porque lucha por llegar a un punto en el cual puede cesar, y mira hacia el final cuando apenas está comenzando.

Capítulo VIII

¿Qué más se puede decir del hecho que el placer pertenece tanto al bien como al mal y que los ruines disfrutan no menos en su desgracia que los honorables en su buena reputación? Por ello es que los antiguos nos aconsejaron seguir, no la vida más agradable sino la mejor, para que el placer no fuese el dirigente sino el compañero de un deseo justo y apropiado.

Debemos tener a la naturaleza por guía; a ella tiene en cuenta la razón, de ella toma consejo. Por consiguiente, el llevar una vida feliz es lo mismo que vivir de acuerdo con la naturaleza. La forma de lograr esto es lo que trataré a continuación.

Si consideramos los dones del cuerpo y las necesidades de la naturaleza con cuidado y sin temores, sabiendo que nos han sido dados tan sólo en forma temporal y son efímeras; si no nos convertimos en sus esclavos y no permitimos que estas cosas extrañas nos dominen; si tenemos en cuenta que las gratificaciones del cuerpo – poco esenciales como son – tienen un lugar similar al de las tropas auxiliares y livianas en el campo de batalla, por lo que debemos permitirles servir pero no comandar; así, pero sólo así, serán útiles al espíritu.

El hombre no debe corromperse por las cosas externas, debe ser inconquistable y estimarse sólo a sí mismo; valiente en espíritu y preparado para cualquier destino, debe ser el moldeador de su propia vida. Que su confianza no carezca de conocimiento y que su conocimiento no carezca de firmeza; que sus decisiones, una vez tomadas, se

cumplan y que sus determinaciones no sean alteradas por ninguna supresión. Se comprenderá, sin necesidad de agregados por mi parte, que un hombre así será equilibrado y bien ordenado; y mostrará grandeza con cortesía en todas sus acciones.

Dejemos que la razón investigue las cosas externas ante la instigación de los sentidos y, mientras deriva de ellas su primer conocimiento – puesto que no dispone de otra base desde la cual operar o comenzar su conquista de la verdad – hagamos que regrese sobre sí misma. Porque también Dios, quien comprende todo y gobierna al universo, se dirige a las cosas externas pero luego, apartándose de todo, se vuelve sobre sí mismo. Nuestro espíritu debería proceder de igual manera. Habiendo seguido a los sentidos que le sirven y habiendo por medio de ellos llegado a las cosas externas, debe convertirse en el dueño y Señor, tanto de lo externo como de sí mismo.

De esta manera nacerá una energía unificada; un poder que está en armonía interna y aquella razón confiable que no está dividida contra sí misma y que no vacila ni en sus opiniones, ni en sus percepciones, ni en sus convicciones. Esta razón, cuando se ha auto-regulado y ha establecido una armonía entre sus partes constitutivas; cuando está, por decirlo así, en consonancia, es que ha alcanzado el supremo bien.

A esta razón no le quedará nada abyecto, nada resbaladizo, nada que pueda hacerla tropezar o caer. Lo hará todo bajo su propia autoridad y nada inesperado la menguará. Todo lo que haga se convertirá en bien, y ello hasta con facilidad, con rapidez y sin subterfugios por parte de quien actúa, ya que la incertidumbre y el titubeo son indicio de conflicto e inestabilidad. Por lo que puedes declarar con audacia que el supremo bien es la armonía del alma porque, allí en dónde hay concordia y unidad, también tienen que existir virtudes. La discordia es la compañera de los vicios.

Capítulo IX

«Pero aun tú mismo – se me replica – cultivas la virtud tan sólo porque esperas obtener algún placer de ella.» En primer lugar, si bien la virtud seguramente produce placer, no el placer no es ni la causa ni el premio de la virtud sino su añadidura. Es por el placer que se la busca. Es que la virtud concede más que eso y no es que esté dirigida al placer sino que, estando dirigida a otra cosa, logra el placer por añadidura. Es como un campo arado que ha sido roturado para el trigo y en el cual aparecen aquí y allá algunas flores. Aunque agraden a la vista, no es para ellas que se ha invertido tanto esfuerzo; el sembrador tuvo un propósito diferente, las flores constituyen un añadido. Del mismo modo, el placer no es ni la causa ni el premio de la virtud sino su añadidura y no aceptamos la virtud porque nos deleita; sucede tan sólo que si la aceptamos, ella, además, nos deleita.

El supremo bien está ya en haber optado por él y en la misma actitud de una mente que se ha hecho perfecta; y cuando la mente ha completado su curso y se ha fortalecido dentro de sus límites, el supremo bien ha sido perfeccionado y no se desea nada más. Porque no puede haber algo por fuera del todo, así como no puede haber un punto más allá del final.

Por lo tanto, te equivocas cuando preguntas qué me hace buscar la virtud; estás buscando algo más allá de lo supremo. ¿Me preguntas qué busco en la virtud? Sólo a ella misma. No ofrece nada mejor – ella misma es su propio premio. ¿O es que te parece poca cosa?

Si te digo: «El supremo bien es una mente inflexible e inquebrantable, es su capacidad de previsión, su sublimidad, su confiabilidad, su libertad, su armonía, su belleza»; ¿requieres de mí algo todavía más grande a lo cual estas bendiciones pueden ser adjudicadas? ¿Por qué me mencionas el placer? Lo que estoy buscando es el bien del hombre, no el de su estómago – ¡el estómago del ganado y el de las bestias es mucho más grande!

Capítulo X

«Estás distorsionando lo que digo – me replicas – porque admito que ningún hombre puede vivir de manera placentera sin al mismo tiempo vivir también en forma virtuosa, y que esto es evidentemente imposible para las bestias mudas y para quienes miden su bien tan sólo por la comida. En forma clara digo y abiertamente testifico que la vida que llamo placentera es imposible sin el agregado de la virtud.»

Sin embargo, ¿quién no sabe que los más aptos para estar repletos de tu clase de placer son todos ellos los mayores tontos, y que la maldad abunda en los deleites y que la mente misma ofrece muchas clases de placer que son viciosas? Por sobre todo está la soberbia, una opinión demasiado elevada de uno mismo y una hinchada superioridad frente a los demás, la lujuria disoluta, la alegría extravagante que nace de causas muy pequeñas e infantiles y, además de ello, una lengua viperina y la arrogancia que halla su placer en insultos, en la pereza y en la degeneración de una mente flemática que se duerme sobre si misma.

A todas estas cosas la virtud las pone a un lado con un tirón de orejas y evalúa los placeres antes de permitirlos; y no es su goce sino su templanza lo que le produce alegría. Sin embargo, puesto que la templanza disminuye nuestros placeres, el desmedro de los mismos resultará en tu supremo bien. Tú abrazas al placer, yo lo encadeno; tú gozas del placer, yo lo uso; tú piensas que es el supremo bien, yo ni siquiera lo considero un bien; tú harás cualquier cosa en aras del placer, yo no haré nada.

Capítulo XI

Cuando digo que «yo» no hago nada en aras del placer, estoy refiriéndome al hombre sabio ideal, al único que estás dispuesto a concederle el placer. Pero no llamo sabio al hombre dominado por algo, mucho menos por el placer. Porque, si está secuestrado por esto, ¿cómo soportará las penurias, el peligro, las carencias y todos los males que amenazan la vida del hombre? ¿Cómo soportará la vista de la muerte, cómo la angustia,

cómo los colapsos del universo y todos los feroces enemigos que lo enfrentan, si ha sido vencido por un adversario tan débil?

Me dices: «Hará lo que el placer le aconseje.» Pero, vamos; ¿no ves cuántas cosas estará en condiciones de aconsejar? «No podrá aconsejar nada ruin – me dices – porque está atado a la virtud.» Una vez más: ¿no ves qué clase de cosa tiene que ser ese supremo bien si necesita un guardián para convertirse en un bien? ¿Y cómo ha de guiar la virtud al placer si aquella sigue a éste, siendo que el papel del que obedece es el de seguir y del que comanda es el de guiar? ¿Estacionarías en la retaguardia al que comanda? Verdaderamente le asignas un fino oficio a la virtud: ¡el de ser la degustadora de tus placeres!

Más adelante veremos si la virtud sigue siendo virtud para quienes la han tratado en forma tan despectiva; porque no puede mantener su nombre si ha cedido su lugar. Entre tanto – porque ésta es la cuestión aquí – demostraré que hay muchos que han sido colmados de placeres, sobre quienes Fortuna ha derramado todos sus regalos, y que, sin embargo, como estarás forzado a admitir, son hombres perversos.

Observa como Nomentano y Apicio devoran, como se dice, los bienes de la tierra y del mar; y cómo ponen sobre sus mesas los productos de todas las naciones y se solazan con ellas. Observa como yacen en lechos de rosas, pavoneándose con sus extravagantes comidas mientras sus oídos se deleitan con el sonido de la música, sus ojos con espectáculos, sus paladares con sabores; fomentos tibios, suaves y sedantes, acarician sus cuerpos y para que sus olfatos no permanezcan ociosos, la misma sala en la que ofrecen sus sacrificios a la diosa Lujuria está inundada de una variedad de perfumes. Reconocerás que estas personas viven en medio de placeres y, sin embargo, no les irá bien porque no es bueno aquello en lo cual se deleitan.

Apicio (Siglo I AC) fue un famoso sibarita, amante de lujos y placeres. Gastó enormes fortunas en fiestas y suntuosidades, y se dice que superó en ello a todos sus contemporáneos. Sobre Nomentano no hemos podido hallar datos pero del texto se desprende que debe haber sido un personaje similar, quizás competidor de Apicio.

Diosa Lujuria: No existió tal diosa. La expresión es una ironía de Séneca. No obstante, diosas como Venus, Afrodita, Lilith y otras han sido consideradas diosas de la lujuria por algunos autores.

Capítulo XII

«Les irá mal – me dices – porque interferirán muchas cosas que perturban en alma y opiniones diversas, entrando en conflicto entre sí, alterarán la mente.» Así será, te lo garantizo; pero sin embargo, estas mismas personas, por más tontas que sean y por más que estén condenadas a arrepentirse, experimentarán placeres muy grandes, por lo que tienes que admitir que – aun cuando no sufran ningún dolor en el estado en que se encuentran – carecen no obstante de una mente sana y, como es el caso de muchos otros, festejan en medio de la locura y se ríen mientras se destruyen.

En cambio, por el otro lado, los placeres del sabio son serenos, moderados, casi indiferentes y controlados; apenas si se los nota porque vienen sin que se los llame y, si bien llegan por sus propios medios, no se los ensalza y son recibidos sin alharaca por parte de quienes los experimentan; porque se les permite entremezclarse sólo de vez en cuando con la vida, tal como lo hacemos con los entretenimientos y los esparcimientos en medio del tratamiento de asuntos serios.

Dejemos, pues, de mezclar cosas irreconciliables y no vinculemos al placer con la virtud; es un procedimiento vicioso que agrada sólo a la peor clase de hombres. Quien se ha sumergido en los placeres, en medio de sus eructos y su constante ebriedad, sabiendo que vive con placer, se cree que está viviendo también con virtud; por consiguiente denomina sabiduría a sus vicios y exhibe lo que en realidad habría que ocultar. Y, así, no es Epicuro el que los ha llevado al libertinaje sino ellos, al haberse rendido ante el vicio, ocultan su libertinaje en el regazo de la filosofía y se apiñan en el lugar en que pueden escuchar la apología del placer. No consideran cuan sobrio y abstemio es el “placer” de Epicuro realmente; pues así es, en verdad lo creo. En lugar de ello, se refugian en un mero nombre buscando alguna justificación y alguna pantalla para sus debilidades.

De este modo, pierden el único bien que les quedaba en su iniquidad – la vergüenza por sus errores. Porque ahora alaban lo que antes los hacía sonrojar y glorifican el vicio. No pueden siquiera recuperar a sus jóvenes toda vez que un nombre honorable les sirve de garante a su vergonzosa debilidad. La razón por la cual tu apología del placer es perniciosa es que lo honorable de tu enseñanza se halla escondido en su interior mientras que lo corrupto resulta plenamente visible.

Epicuro (340 – 270 AC) fue un filósofo griego cuya doctrina, en esencia, proponía que la felicidad consiste en la ausencia del dolor físico, en un estado de ánimo libre de cualquier turbación y en la obtención del placer. Sin embargo, es de destacar que Epicuro distinguía al menos tres clases de placer: 1)- El natural y necesario; 2)- El natural e innecesario y 3)- El antinatural e innecesario. En la tercera categoría incluía prácticamente todas las cosas que menciona Séneca en su obra: banquetes pantagruélicos, lujos exuberantes, vicios refinados y desvíos similares. Según la doctrina epicúrea, la felicidad se logra mediante una vida en privacidad e intimidad, con buenas amistades, el mínimo dolor posible, placeres moderados y una gran serenidad espiritual. Algo muy alejado del hedonismo, o placer a toda costa, tal como lo interpretaron y practicaron muchos que esgrimieron el epicureísmo para justificar sus vicios.

Capítulo XIII

En lo personal, soy de la opinión – y la expreso a pesar de la posible protesta de los miembros de nuestra escuela – que las enseñanzas de Epicuro son venerables y, si se las mira de cerca, austeras. Su famosa doctrina del placer está reducida a proporciones pequeñas y estrechas; y la regla que nosotros, los estoicos, establecemos para la virtud es la misma regla que él establece para el placer: la obediencia a la naturaleza.

Pero ¡hace falta tan poco lujo para satisfacer a la naturaleza! ¿Qué es lo que sucede, entonces? Sucede que, quienquiera que aplique el término “felicidad” a la pereza holgazana y se muestre indulgente ante la glotonería y la lujuria, se pondrá a buscar a un buen patrocinador para su ruta malsana. Luego, guiado por una denominación atractiva, hallará la ruta que estamos tratando; pero el placer que persigue no tiene la forma que la doctrina enseña sino la que él trae consigo. Y cuando empieza a creer que sus vicios concuerdan con las máximas del maestro, a partir de allí ya no se vuelca a ellos con timidez, ya no los practica a escondidas, sino que escandaliza con ellos abiertamente a plena luz del día. De este modo, no diré como lo hace la mayoría de nuestra escuela, que la de Epicuro es una academia del vicio; pero debo decir que tiene un mal nombre y una mala reputación, aun cuando inmerecida.

¿Cómo puede alguien saber que es una academia del vicio sin haber accedido a su interior? Tan sólo su exterior da lugar al escándalo e incita a malsanas expectativas. El caso es como el de un hombre fuerte vestido con ropas de mujer. Mantiene su castidad, su virilidad permanece intocada, su cuerpo está libre de toda bajeza – pero ¡en las manos sostiene una pandereta! Por ello deberías elegir algún título honorable y un lema que pueda ser comprendido por sí mismo. El actual atrae sólo a los vicios.

Cualquiera que se haya pasado al lado de la virtud ha demostrado tener una naturaleza noble. El que sigue al placer es visiblemente débil, quebrado, menoscabado en su virilidad y se encuentra sobre el camino seguro a la degradación a menos que alguien le establezca una diferenciación entre los placeres a fin de hacerle comprender cuales son los que se hallan dentro de los límites de un deseo natural y cuales son los que siguen de largo, no conocen límites y se vuelven más insaciables mientras más se los satisface.

¡Ven, pues! Dejemos que la virtud nos muestre el camino y cada paso será seguro. Porque, además, es el exceso de placer lo que perjudica; pero en el caso de la virtud no hay que temer ningún exceso porque la moderación reside en la propia virtud. Ésta no puede ser un bien que se menoscaba por su propia magnitud.

Aparte de ello, ¿qué mejor guía que la razón se le puede ofrecer a criaturas dotadas de una naturaleza racional? Incluso si esa combinación de virtud y placer te atrae, si estás conforme con ir hacia la vida feliz en esa compañía, deja que la virtud te muestre el camino y deja que el placer la atienda – déjalo flotar sobre el cuerpo como una sombra. El entregar a la virtud, la más noble de las damas, para que sea la sirvienta del placer, es la actitud de un hombre que no tiene nada grande en el alma.

Capítulo XIV

Deja que la virtud vaya al frente; deja que porte el estandarte. Tendremos el placer de todos modos, pero seremos sus amos y lo controlaremos; a veces cederemos a sus insinuaciones, nunca a sus imposiciones. Pero quienes le ceden el liderazgo al placer pierden a ambos; porque pierden la virtud y sin embargo no poseen el placer sino que resultan poseídos por él; terminan, ya sea torturados por su carencia o estrangulados por su exceso – miserables si los abandona, más miserables aun si los abrume – son como

marineros que han sido atrapados por las aguas alrededor de Sirte y que a veces quedan en la playa seca y otras veces son sacudidos por las espumantes olas.

Pero esto resulta de una completa falta de autocontrol y de un amor ciego por un objeto. Cuando alguien busca males en lugar de bienes el éxito se vuelve peligroso. Así como la caza de bestias salvajes está llena de esfuerzos y peligros, e incluso las que resultan capturadas constituyen una posesión riesgosa – porque muchas veces desgarran a sus amos – lo mismo sucede con los placeres; porque resultan ser grandes desgracias y los placeres capturados se convierten en captores. Mientras más numerosos y más intensos sean los placeres, más inferior será el hombre a quien la muchedumbre considera feliz y más amos tendrá para servir.

Quisiera detenerme algo más en esta comparación. Así como el hombre que rastrea animales salvajes hasta sus madrigueras y considera un gran placer con el lazo las bestias salvajes enredar, y lanzar una línea de mastines alrededor de los extensos bosques, a fin de poder seguir sus huellas; así también ese hombre abandona cosas más valiosas y sacrifica muchos deberes. De modo que quien persigue placeres convierte en algo secundario todo lo demás. Ante todo renuncia a la libertad, y paga este precio por orden de su estómago; y tampoco compra los placeres para sí sino que se vende a sí mismo a los placeres.

«Sin embargo, – preguntará alguien - ¿qué impide amalgamar la virtud con el placer para constituir al supremo bien de tal modo que lo honorable y lo agradable sean una y la misma cosa?» La respuesta es que lo honorable no puede tener una parte que no es honorable. El supremo bien no puede preservar su integridad si descubre en sí mismo algo que es diferente de su mejor parte. Incluso el regocijo que surge de la virtud, aun siendo un bien, no es sin embargo parte del bien absoluto, al igual que la alegría y la tranquilidad por más nobles orígenes que tengan. Porque son bienes que solamente acompañan al supremo bien pero no lo consuman.

Quien forma una alianza entre la virtud y el placer – y la misma será desapareja – por la debilidad de una menoscaba cualquier poder que la otra pueda tener y le pone un yugo a la libertad, la cual será soberana tan sólo mientras no encuentre algo más valioso que ella misma. Con esa alianza se empieza a necesitar la ayuda de Fortuna, y allí comienza la profundidad de la servidumbre porque lo que sigue es una vida de ansiedad, sospecha y alarmas; un terror al fracaso y una preocupación por los cambios que el tiempo trae consigo. La virtud ya no tiene un fundamento sólido e inamovible; su pedestal se coloca sobre un terreno inestable porque ¿qué hay más inestable que confiar en el azar, en las vicisitudes del cuerpo y en las cosas que afectan al cuerpo?

¿Cómo será un hombre en esas condiciones capaces de obedecer a Dios y de recibir con espíritu jovial cualquier cosa que le suceda? ¿Cómo hará para tomar sus reveses con paciencia y no quejarse del destino si está agitado por los intrascendentes alfilerazos del placer y del dolor? No será siquiera un buen guardián de su patria, ni un defensor de sus amigos, si tiene inclinación hacia el placer.

Sirte: Es el nombre que en la antigua Roma se le daba al actual Golfo de Sidra (Argelia), o bien al Golfo de Gabés (Syrtis Minor) en el Túnez actual. Aparece incluso en la Biblia, en Hechos 27:17, donde se relata que el barco que llevaba al Apóstol Pablo

prisionero a Roma tuvo cuidado en evitarlo. Era una zona temida por los navegantes por sus tempestades y corrientes traicioneras.

Capítulo XV

Dejemos que el supremo bien se ubique en un lugar al cual sólo la virtud pueda acceder; un lugar del que no pueda ser derribado por fuerza alguna; al cual no tengan acceso ni el dolor, ni la incertidumbre, ni los vendavales, ni cualquier otra cosa que pueda disminuir su autoridad.

Debemos seguir sus pasos para hallar fácil el ascenso. Firmemente estará plantado y soportará cualquier cosa que suceda, no sólo en forma paciente sino con buena disposición. Sabrá que cualquier dificultad traída por el tiempo obedece a una ley natural. Como un buen soldado, soportará sus heridas, contará sus cicatrices, y atravesada por las flechas, amará a aquél por cuya causa muere. Recordará siempre aquél antiguo mandato: «¡Sigue a Dios! » – quien es su Comandante.

Todo aquél que se queja, y llora, y gime, está forzosamente obligado a obedecer a otros y aun en contra de su voluntad estará compelido a ejecutar las tareas que se le exigen. ¡Qué locura es preferir el ser arrastrado a seguir!

Es propia de ignorantes y una tontería similar a quejarse por alguna carencia o por algún suceso más bien amargo, o bien a sorprenderse o indignarse por esas desgracias que les suceden tanto a los buenos como a los malos – y me refiero a las enfermedades, a la muerte y a los achaques y todos esos trastornos que inesperadamente invaden la vida humana. Todo lo que la propia constitución del universo nos obliga a sufrir debe ser soportado con altivo coraje. La sagrada obligación que tenemos es la de aceptar la suerte del género humano y no alterarnos por aquellas cosas que no tenemos el poder de evitar. Hemos nacido bajo una monarquía y el obedecer a Dios es nuestra libertad.

Por consiguiente, la verdadera felicidad está basada sobre la virtud. ¿Cuál es el consejo que esta virtud te dará? Que no consideres nada, tanto a un bien como a un mal, sino como resultado, ya sea de otro bien o de otro mal. Luego, que permanezcas inalterable tanto ante el mal como ante el goce del bien a fin de que – en la medida de lo posible – puedas representar realmente a Dios. ¿Y qué es lo que la virtud te promete en esta empresa? Privilegios enormes e iguales a lo divino. No estarás limitado por ningún impedimento, nada te faltará, serás libre, estarás seguro, indemne, nada intentarás en vano, de nada serás excluido. Todo sucederá según tu deseo, nada adverso te ocurrirá, nada contrario a tus expectativas y a tu voluntad.

Capítulo XVI

«¿Qué? – me preguntas – ¿La virtud sola alcanza para vivir feliz?» Perfecta y divina como es, ¿por qué no habría de alcanzar y hasta de sobrar? Si un hombre ha sido puesto fuera del alcance del deseo, ¿qué podría faltarle?

Si un hombre ha concentrado en sí mismo todo lo que es de él, ¿qué necesidad tiene de cualquier cosa externa? Pero el que todavía se encuentra en camino hacia la virtud, el que, aun habiendo avanzado mucho, todavía se halla luchando con los fastidios de los asuntos humanos, ése necesita alguna indulgencia de parte de Fortuna hasta tanto no haya desatado ese nudo y se haya librado de toda atadura mortal. ¿Dónde está, pues, la diferencia? En que algunos estarán firmemente atados pero otros se encuentran encadenados, incluso de pies y manos. Quien ha avanzado hacia una región más alta y se ha elevado a niveles más altos arrastra una cadena más floja; todavía no es libre pero aun así es como si lo fuera.

Por lo tanto, si cualquiera de los que ladran contra la filosofía me hiciera la pregunta usual: «¿Por qué, entonces, hablas mucho más bravamente de lo que vives? ¿Por qué No me pidas que sea igual a los mejores; confórmate con que sea mejor que los malos. hablas con humildad en presencia de un superior y consideras al dinero un equipamiento necesario; y por qué te afecta una pérdida; y por qué derramas lágrimas ante la muerte de tu mujer o de un amigo, y por qué te preocupas por tu reputación y dejas que te afecte la difamación? ¿Y por qué cultivas una superficie mayor de la que requiere tu necesidad natural? ¿Por qué tus comidas no están de acuerdo con tus propias enseñanzas? ¿Por qué tienes muebles tan elegantes? ¿Por qué el vino que se toma a tu mesa tiene más años que tú mismo? ¿Por qué te vanaglorias de tener una jaula de aves? ¿Por qué plantas árboles que no ofrecen más que sombra? ¿Por qué tu mujer lleva en la oreja las ganancias de una casa adinerada? ¿Por qué están tus jóvenes esclavos vestidos con géneros caros? ¿Por qué la atención en tu mesa es un arte y, en lugar de disponer los platos al descuido, existe un servicio experto y por qué hay un profesional que corta tu carne?»

Y, si lo deseas, puedes agregar: «¿Por qué tienes propiedades en ultramar? ¿Por qué son más de las que has visto? ¡Debería darte vergüenza! O bien eres tan descuidado que no conoces a todos tus esclavos, o bien eres tan reblandecido que son más de los que tu memoria puede recordar».

Más tarde rebatiré tus reproches y hasta me adjudicaré más críticas de las que te imaginas. Por el momento te contestaré diciendo: «No soy un hombre sabio y – tanto como para alimentar tu malevolencia – nunca lo seré. De modo que no me pidas que sea igual a los mejores, confórmate con que sea mejor que los malos. A mí me alcanza con reducir todos los días la cantidad de mis vicios y recriminarme mis errores. No he llegado a tener una salud perfecta y por cierto que no llegaré a tenerla; a mi gota trato de aliviarla más que curarla y me conformo con que me ataque con menor frecuencia y me cause menos dolor. Pero cuando comparo mis pies con los tuyos, ¡soy un atleta!»

Lo que digo no está dicho haciendo referencia a mí – porque estoy profundamente sumergido en toda clase de vicios – sino refiriéndome al hombre que realmente ha logrado algo.

Capítulo XVII

«Hablas de un modo y vives de otro», me dices. El mismo reproche – ¡oh criaturas despreciables y hostiles a todos los mejores hombres! – le ha sido hecho a Platón, a Epicuro, a Zenón; porque todos ellos describieron, no la forma en que ellos mismos vivían, sino la forma en que se debía vivir.

Hablo de la virtud y no de mí mismo. Mi lucha es contra todos los vicios y más especialmente contra los míos propios. Cuando haya vencido, viviré como debo. Y tu hostilidad abundantemente impregnada de veneno no me apartará de lo que es mejor; ni tampoco el veneno con el que ensucias a otros y con el que os matáis a vosotros mismos impedirá que continúe apreciando la vida, no la que llevo sino la que sé que debe ser llevada. No impedirás que siga venerando a la virtud y continúe siguiéndola, aunque sea desde considerable distancia y a un paso muy lento.

¿Realmente debo esperar que la malevolencia respetará algo cuando ni Rutilio ni Catón le fueron sagrados? ¿Acaso alguien debería preocuparse por parecerle demasiado rico a alguien para el cual hasta Demetrio el cínico no es suficientemente pobre? Este hombre, el más audaz de los héroes, que luchó contra todos los deseos de la naturaleza y fue más pobre que todos los demás cínicos dado que, mientras ellos condenaban las posesiones, Demetrio condenaba hasta el deseo de tenerlas; ¡de este hombre dicen que no era suficientemente pobre!

Pero observa bien: no profesó un conocimiento de la virtud sino de la pobreza.

Platón (427 – 347 AC): fue uno de los más brillantes y conocidos filósofos de Grecia. Discípulo de Sócrates y maestro de Aristóteles es uno de los pilares de la filosofía de Occidente.

Zenón: Hay varios filósofos con este nombre. Probablemente Séneca se refiere aquí a Zenón de Sidón, un filósofo epicúreo del Siglo I AC, contemporáneo de Cicerón.
Demetrio el Cínico (Siglo I DC): fue un filósofo cínico de Corinto, contemporáneo, amigo y maestro de Séneca quien lo cita con frecuencia. Vivió en Roma bajo los reinados de Calígula, Nerón y Vespasiano. Una de las anécdotas relacionadas con él cuenta que, en un momento dado, Calígula trató de sobornarlo ofreciéndole una enorme suma. El comentario de Demetrio al respecto fue: “Si quería tentarme, debería haberme ofrecido todo su Imperio”.

Publio Rutilio Rufo (159 AC – 78AC). Político, orador e historiador romano, tío abuelo de Julio César.

Catón: Hay dos de ellos, Catón El Viejo (o el Censor) 234-149 AC y su biznieto Catón el Joven (95 AC – 46 AC).

Capítulo XVIII

Dicen que Diodoro, el filósofo epicúreo quien en sus últimos días puso fin a su vida por mano propia, no estaba siguiendo las enseñanzas de Epicuro cuando se cortó la garganta. Algunos considerarían su suicidio como un acto de locura; otros como imprudencia. Pero él, por su parte, feliz y pleno de una buena conciencia brindó su testimonio mientras se despedía de la vida; alabó la tranquilidad de los años que había pasado a salvo, anclado en un puerto seguro, y pronunció palabras que nunca te ha gustado escuchar, como si tuvieras que hacer lo mismo: He vivido; ahora recorro la ruta que me ha sido destinada, discutes acerca de la vida de uno y sobre la muerte del otro, y cuando oyes el nombre de hombres que se han hecho grandes por algún mérito distinguido, ladras exactamente como lo hacen los pequeños perros cuando se encuentran con un extraño; porque tienes interés en que ningún hombre parezca bueno, como si la virtud de los otros fuese un reproche a las falencias de todos vosotros. Tu envidia compara la gloriosa figura de ellos con vuestra miseria y no puede comprender la enorme desventaja en que vosotros mismos os colocáis al hacerlo. Porque, si quienes persiguen la virtud son avaros, lujuriosos y ambiciosos, ¿entonces qué sois vosotros mismos para quienes el sólo nombre de la virtud resulta odioso?

Dices que ninguno de ello practica lo que predica, o no modela su vida según sus propias palabras. ¿Acaso es un milagro? Esas palabras son heroicas y resisten todas las tormentas de la vida humana. Ellos tratan de librarse de sus cruces, esas mismas cruces sobre las cuales cada uno de vosotros se clava por su propia mano. Sin embargo, cuando llega el castigo, ellos cuelgan de una sola cruz mientras quienes provocan su propio castigo se hallan crucificados sobre tantas cruces como deseos han tenido.

No obstante, aun así, siguen siendo calumniadores e ingeniosos en lanzar insultos hacia los demás. Podría llegar a creer que, de poder hacerlo, algunos hasta escupirían sobre los espectadores desde su propia cruz.

Diodoro: Hay varios personajes con este nombre. No hemos podido establecer a cual de ellos se refiere Séneca aquí.

Capítulo XIX

«Los filósofos no practican lo que predicán» - me dices. Sin embargo ciertamente practican mucho de lo que predicán, mucho de lo que conciben sus mentes virtuosas. De hecho, si sus acciones siempre se condijesen con sus palabras ¿quién sería más feliz que ellos mismos?

De modo Alza la mirada hacia quienes intentan grandes cosas, aun cuando puedan llegar a tropezar, que no tienes razón alguna para despreciar las nobles palabras y los nobles corazones que están llenos de nobles pensamientos. El dedicarse a sanos estudios es meritorio aun cuando no obtenga resultados prácticos. ¿Cuál es el milagro en que quienes escalan la escarpada cuesta no lleguen a la cumbre? Pero, si eres un hombre,

alza la mirada hacia quienes intentan grandes cosas, aun cuando puedan llegar a tropezar.

El hombre que mide su esfuerzo, no por sus propias fuerzas sino por la fuerza de su naturaleza, que apunta a cosas elevadas, que en su corazón concibe grandes empresas que sólo los dotados de un gigantesco coraje podrían realizar; ese hombre tiene la marca de la nobleza.

Capítulo XX

Existen hombres que se han impuesto ideales como los siguientes: «En lo que a mí concierne, consideraré a la muerte y a la comedia con la misma serenidad. En lo que a mí concierne, soportaré todas las dificultades sin importar lo grandes que sean y mi espíritu sostendrá mi cuerpo. En lo que a mí concierne, despreciaré las riquezas, tanto si las tengo como si carezco de ellas, y no estaré abatido si están en otra parte como que tampoco me henchiré si brillan a mi alrededor. En lo que a mí concierne, no rendiré pleitesía a Fortuna, ni cuando viene ni cuando se va. En lo que a mí concierne, consideraré todas las tierras como si fuesen mías y a mis tierras como si fuesen ajenas. En lo que a mí concierne, viviré siempre como si hubiese nacido para servir a los demás y por ello le daré gracias a la naturaleza porque ¿de qué mejor manera podría ella haber servido a mis intereses? La naturaleza ha dado mi persona, como individuo, a todos los hombres y me ha dado todos los hombres a mí, al individuo. Todo lo que posea, no lo acapararé como un avaro ni lo despilfarraré como un derrochador. Nada me parecerá tan verdaderamente mío como los regalos que sabiamente he conferido. No estimaré mis obras de caridad por su cantidad, ni por su tamaño, sino tan sólo en virtud de mi estima por el receptor; lo que un hombre valioso reciba nunca me parecerá mucho. Nada haré compelido por la opinión de los demás y haré todo lo que dicte mi conciencia. Cualquier cosa que haga cuando estoy solo y siendo el único testigo, lo haré como si fuese hecho bajo la mirada de todo el pueblo de Roma. En el comer y el beber mi objetivo será calmar los deseos de la naturaleza y no el de rellenar un estómago vacío. Seré agradable para mis amigos, moderado e indulgente para con mis enemigos. Otorgaré el perdón antes que me sea implorado y concederé rápidamente todos los pedidos honorables. Sabré que el universo es mi país, que sus gobernantes son dioses y que rigen por sobre mí y a mi alrededor como censores de mis palabras y mis acciones. Y cuando quiera que sea que la naturaleza me exija la devolución de mi aliento, o mi razón lo libere, partiré dando testimonio que he amado a la buena conciencia y al buen comportamiento, que no soy culpable de haber restringido la libertad de ningún hombre, y menos aun la mía.»

El hombre que resuelva, desee e intente hacer estas cosas, seguirá la ruta que conduce hacia los dioses aun cuando - ¡por su desgracia! - no consiga llegar hasta ellos.

Capítulo XXI

Pero en cuanto a ti, tu odio a la virtud y a quienes la practican no es, en modo alguno, extraño. Porque las luces enfermizas palidecen ante el sol; las criaturas de la noche aborrecen el brillo del día – se asustan de los primeros signos del amanecer y buscan sus madrigueras, escondiéndose en cualquier agujero por miedo a la luz. ¡Croad y afanaos lenguas miserables que abusan de lo bueno, mostrad vuestras fauces y morded fuerte; os romperéis los dientes antes de dejar una marca!

«¿Por qué – preguntas – abraza ese hombre la filosofía y sin embargo vive en tanta opulencia? ¿Por qué dice que las riquezas han de ser despreciadas y sin embargo las tiene? ¿Por qué piensa que la vida es despreciable y sin embargo la vive? ¿Por qué la salud ha de ser despreciada si él la cuida con la mayor atención y prefiere que sea excelente? ¿Y por qué piensa que el exilio es una palabra vacía y dice: “¿Qué hay de malo en cambiar de país?”, y sin embargo, si puede, se vuelve viejo en su propia tierra natal? ¿Por qué decide que no hay diferencia entre una existencia larga y otra corta y sin embargo, si nada se lo impide, prolonga su vida hasta llegar pacíficamente a una edad avanzada?»

Ese hombre dice que estas cosas han de ser despreciadas, no para evitar tenerlas sino para evitar la preocupación por no tenerlas; no las rechaza pero, si lo abandonan, las acompañará hasta la puerta con total indiferencia. ¿Dónde habría de depositar Fortuna sus riquezas con mayor seguridad que en las manos de alguien que las devolverá sin protestar cuando le sean pedidas?

Cuando Marco Catón [el Joven] elogiaba a Curio y a Coruncanio por la época en que era una ofensa poseer algunas pocas pequeñas monedas de plata, él mismo poseía cuatro millones de sestercios; menos, sin duda, que Craso pero más que Catón el Censor. Si hemos de hacer comparaciones, la diferencia por la que aventajó a su bisabuelo fue mayor que aquella por la cual Craso lo aventajó a él; y si le hubiera tocado en suerte una fortuna mayor, no la hubiera despreciado.

Es que, por cierto, el sabio no se considera indigno de ninguno de los regalos de Fortuna. No ama las riquezas, pero prefiere tenerlas; no las admite en su corazón, pero sí en su casa – y no rechaza las riquezas que tiene; las conserva deseando que le ofrezcan un material más amplio para ejercer su virtud.

“Catón el Censor” - Marco Porcio Catón (234-149 AC): También “Catón el Viejo” para distinguirlo de su bisnieto Marco Catón el Joven (al cual se refiere Séneca al comienzo del párrafo). Acérrimo enemigo de Cartago, es famoso por su costumbre de finalizar sus discursos con la frase: "*Ceterum censeo Carthaginem esse delendam.*" (Además, aconsejo que Cartago sea destruida), expresión que generalmente se recuerda en forma abreviada como "*Delenda est Carthago*" (Cartago debe ser destruida). Se cuenta que repetía esto casi en forma obsesiva, sin importar el contexto. Tanto es así que irónicamente también se le adjudica haber dicho en alguna oportunidad: “El trigo está maduro y Cartago debe ser destruida”. Fue famoso por su integridad y sus virtudes, tanto de estadista como de militar. Además, fue un notable escritor gracias al cual el latín adquirió categoría de idioma literario.

Manio Curio (Siglo III AC): Fue un héroe de la Roma antigua, conocido por terminar la Guerra Samnita. Famoso por ser incorruptible y modesto, se cuenta de él que estando

en su hogar asando unos nabos para comer fue visitado por embajadores samnitas quienes trataron de sobornarlo. Ante la oferta, Curio habría respondido: “Prefiero gobernar a los poseedores del oro antes que poseerlo yo mismo”.

Tiberio Coruncanio (Siglo III AC): Cónsul y primer Pontifex Maximus (Sumo Pontífice pagano) de origen plebeyo de la Roma antigua. Fue el primer maestro del Derecho Romano y estableció una escuela para la enseñanza de la ley a la cual podían asistir todos los interesados.

Marco Licinio Craso (115-53 AC): General y político romano. Entre otros hechos, fue el que sofocó la rebelión de los esclavos liderada por Espartaco. También apoyó y financió a Julio César. Fue el hombre más rico de su época (se le adjudica una fortuna de más de 200 millones de sestercios) y aun hoy figura entre los hombres más ricos de todos los tiempos.

Capítulo XXII

¿Quién puede dudar que el sabio halla en las riquezas, y no en la pobreza, un material más amplio para desplegar su poder? Hay lugar para sólo una clase de virtud en la pobreza – la de no doblegarse a ella – mientras que, en la riqueza, la moderación, la liberalidad, la diligencia y la magnificencia tienen todas un amplio campo de acción.

El sabio no se despreciará a sí mismo si tiene la estatura de un enano, pero aun así deseará ser alto. Y si es delicado de salud, o tuerto, podrá ser fuerte a pesar de ello; pero aun así preferirá tener un cuerpo sano y esto incluso a pesar de que sabe que hay algo en él que es más fuerte que el cuerpo. Si su salud está afectada, lo soportará pero deseará estar sano. Ciertas cosas, aun cuando son triviales en comparación con el todo, contribuyen no obstante en algo a la perpetua felicidad que surge de la virtud. Así como el impulso de un viento favorable hace feliz al marinero, así como producen agrado un día despejado y un lugar soleado en medio del frío del invierno, así también las riquezas tienen su influencia sobre el sabio y le producen alegría.

Y aparte de ello, ¿quién entre los hombres sabios – me refiero a aquellos de nuestra escuela que consideran a la virtud el único bien – niega que incluso aquellas cosas que llamamos “indiferentes” poseen algún valor, y que algunas son más deseables que otras? A algunas les concedemos escasa importancia, a otras mucha. Por consiguiente no cometes un error: la riqueza es una de las cosas más deseables.

«¿Por qué entonces – me dices – te burlas de mí siendo que según tu criterio y según el mío ocupan el mismo lugar?» ¿Quieres saber cuán diferente es el lugar que ocupan? En mi caso, si las riquezas me abandonan no se llevarán consigo más que a sí mismas, mientras que, si te abandonan a ti, quedarás atónito y sentirás que tu propio ser te ha sido robado; a mis ojos las riquezas tienen cierto lugar, a los tuyos ocupan el sitio más alto. En una palabra: yo poseo mis riquezas; las tuyas te poseen a ti.

Capítulo XXIII

Cesa, pues, de prohibirle a los filósofos la posesión de dinero; nadie ha condenado la sabiduría a ser pobre.

El filósofo ha de poseer una amplia riqueza; pero no le habrá sido arrebatada a nadie, ni estará manchada con la sangre de otros – la riqueza adquirida sin dañar a ninguna otra persona, sin entrar en negocios turbios, puede ser gastada en la misma forma honorable en que fue adquirida; no hará gemir a nadie más que a los malintencionados.

Apila esa riqueza tan alto como quieras; será honorable si, La riqueza adquirida sin dañar a ninguna otra persona, sin entrar en negocios turbios, puede ser gastada en la misma forma honorable en que fue adquirida. mientras incluye lo que cualquier persona quisiera tener, no incluye nada que cualquier persona no pueda exhibir como propia. El sabio seguramente no rechazará la generosidad de Fortuna, y una herencia honorablemente adquirida no le dará motivos ni para sonrojarse ni para vanagloriar. Sin embargo, hasta para la vanagloria tendrá motivos si, abriendo de par en par las puertas de su mansión y recibiendo a toda la ciudad para que vean sus posesiones, está en condición de decir: “Si alguien reconoce aquí cualquier cosa como propia, puede llevársela.” Y si después de estas palabras sigue poseyendo lo mismo que antes, ¡qué gran hombre! ¡Qué tan excelentemente rico hombre será!

Lo que deseo decir es lo siguiente: si después de haber hecho lo anterior sin riesgo ni preocupación, permitiéndole al pueblo buscar por toda su casa sin que nadie haya podido encontrar entre todas sus posesiones una sola cosa para llevar, pues entonces podrá ser rico sin tapujos y abiertamente.

Un hombre sabio no dejará que cruce el umbral de su hogar una sola moneda que entre en forma deshonesto. No obstante, no rechazará ni echará una gran riqueza que es un regalo de Fortuna y el fruto de la virtud. ¿Por qué razón habría de negarle hospedaje? La dejará entrar; dejará que sea bienvenida. Pero no se pavoneará con ella, ni tampoco la esconderá. Lo primero es propio de tontos; lo segundo de una mente tímida y mezquina que prefiere esconder una gran bendición en el bolsillo. Tampoco, como ya dije, la echará de su casa. Pues, ¿qué podría decirle? ¿Acaso “no sirves para nada” o quizás “no sé cómo usar riquezas”?

El sabio, así como, aun cuando es capaz de hacer una jornada de a pie preferirá subir a un carruaje, del mismo modo preferirá ser rico aun siendo capaz de vivir en la pobreza. Y de este modo poseerá su riqueza pero sabiendo que ésta es voluble y dada a alejarse volando; y si ello sucede no permitirá que sea una pesadumbre, ni para sí mismo ni para algún otro.

Dará de sus riquezas - ¿por qué paras la oreja? ¿por qué preparas tus bolsillos? – dará de sus riquezas, ya sea a hombres buenos, o bien a quienes puede convertir en hombres buenos. Los elegirá luego de la más minuciosa consideración. Dará de sus riquezas como alguien que, con razón, recuerda que debe rendir cuentas de sus gastos no menos que de sus ingresos. Dará sólo por una razón justa y defendible, pues una dádiva

equivocada no es más que lamentable pérdida. Su bolsillo será accesible pero no tendrá un agujero – será un bolsillo del que muchas cosas podrán aparecer pero del cual nada podrá caer.

Capítulo XXIV

El que piensa que dar es algo fácil, se equivoca. Es una cuestión muy difícil, siempre y cuando los regalos se hagan con sabiduría y no se desparramen al azar y por capricho. A este hombre le prestaré un servicio, a aquél se lo haré devolver; a éste lo socorreré, al otro le tendré lástima; a éste le daré porque no merece ser arrastrado a la pobreza para engrosar la miseria, a algunos otros no les daré incluso si tienen carencias porque aun dándoles seguirán teniendo carencias; a algunos les ofreceré mi ayuda; a otros hasta se la arrojaré. En esta materia no puedo permitirme ser descuidado; nunca tengo más cuidado en registrar nombres que cuando doy.

«¡Qué! – me dices - ¿Das con la intención de recuperar?» No. Doy con la intención de no desperdiciar. La característica del dar debería ser la de no pedir una devolución pero, sin embargo, hacer que la devolución sea posible.

Un obsequio debería ser considerado como un tesoro profundamente enterrado que no se desentierra excepto por necesidad. El propio hogar de un hombre rico: ¡cuántas oportunidades brinda para hacer regalos! ¿Quién es el que invoca la generosidad sólo para con el hombre que viste una toga? La naturaleza me exige hacer el bien a toda la humanidad – ya sean esclavos u hombres libres, nacidos libres o libertos; ya sea que la libertad les haya sido concedida por la ley o como un regalo en presencia de amigos. ¿Qué diferencia hay? Allí en dónde hay un ser humano también hay una oportunidad para la benevolencia.

Así, es posible ser generoso con el dinero hasta en el ámbito del hogar y hallar en él un campo propicio para nuestra liberalidad, la cual lleva ese nombre no porque se le debe a un hombre libre sino porque nace de un espíritu libre. Y esta liberalidad, en el caso del sabio, nunca es malgastada en hombres despreciables o indignos; como tampoco el sabio cometerá el error de no hacerla fluir a manos llenas cada vez que encuentra a alguien digno de ella.

No tienes, pues, excusa para malinterpretar las expresiones honorables, valientes y heroicas de quienes buscan la sabiduría. Y presta atención a lo siguiente: una cosa es buscar la sabiduría y otra es haberla obtenido ya. Un hombre de la primera clase te dirá: “Mis palabras son por demás excelentes, pero sigo debatiéndome en los males, en muchos de ellos. No tienes derecho a exigirme que viva de acuerdo con mis normas. En este mismo momento estoy todavía puliendo y moldeándome, tratando de elevarme a la altura de un excelso ideal. Cuando haya alcanzado todos los objetivos que me he propuesto, entonces podrás exigirme que haga concordar mis acciones con mis palabras.” Pero el que ya ha llegado a la altura del bien humano se dirigirá a ti de otra forma y te dirá: “En primer lugar, no tienes derecho a juzgar a quienes son mejores que tú. En lo que a mí respecta ya he tenido la suerte de ganarme la antipatía de los inicuos, lo cual es prueba suficiente de mi rectitud; pero, a fin de explicarte por qué no envidio a

ningún mortal, escucha lo que sostengo y el valor que le otorgo a cada cosa. Niego que las riquezas sean un bien, porque si lo fueran, harían buenos a los hombres. Tal como están las cosas, desde el momento en que lo que se puede encontrar en manos de los inicuos no puede ser llamado un bien, me niego a aplicar ese término a las riquezas. No obstante, admito que son deseables, que son útiles y que le agregan grandes comodidades a la vida.”

Capítulo XXV

Ya que ambos estamos de acuerdo en que las riquezas son deseables, escucha, pues, mis razones por no incluirlas entre los bienes y en qué sentido mi actitud hacia ellas difiere de la tuya.

Llévame a la más suntuosa de las casas, a un lugar en dónde haya bandejas de oro y plata para el uso cotidiano. No me tendré por más a causa de estas cosas que, si bien me pertenecen, no forman parte de mí. Llévame al Puente Sublicio y arrójame entre los mendigos. No me tendré por menos a causa de sentarme en compañía de quienes extienden sus manos por una limosna. Porque ¿qué diferencia tengo con ese hombre al que le falta un pedazo de pan si ambos tenemos la misma posibilidad de morir? ¿Y cuál es la conclusión? Pues, ¡que prefiero la espléndida casa al Puente!

Ponme en medio de suntuosos mobiliarios y lujosos atavíos. No me consideraré ni un ápice más feliz porque tengo un manto suave y mis huéspedes se reclinan sobre la púrpura. Cambia mi colchón y no me sentiré ni un ápice más desgraciado si mi cansado cuello tiene que descansar sobre un manojito de paja, o si tengo que dormir sobre un jergón del Circo con el relleno sobresaliendo por los agujeros de un género viejo. ¿Y cuál es la conclusión? Prefiero exhibir el estado de mi alma vestido con una toga y con zapatos antes que mostrando mis hombros desnudos y con llagas en los pies.

Deja que todos mis días transcurran según mis deseos, deja que nuevas felicitaciones se agreguen a las antiguas; no por ello seré un engreído. Cambia esta suerte temporal a justo lo contrario y desde ahora deja que mi alma sea golpeada por pérdidas, por tristeza, por varias adversidades; haz que no pase hora sin motivo para quejarme y no por ello me consideraré el más desgraciado de los desgraciados. No por ello maldeciré un sólo día, porque me he ocupado de que, para mí, ningún día será negro. ¿Y cuál es la conclusión? Pues, que prefiero atemperar mis placeres antes de tener que sofocar mis penas.

Esto es lo que Sócrates te diría: “Hazme vencedor por sobre las naciones del mundo, haz que el voluptuoso carro de Baco me lleve desde el sol naciente por todo el camino a Tebas, que los reyes de las naciones me pidan leyes; mientras en todas partes más me saluden como a un dios, tanto más recordaré que soy tan sólo un hombre. Luego, desde esa excelsa altura hazme caer a pique en una suerte contraria; ponme sobre un carromato de prisioneros para adornar la marcha triunfal de un orgulloso y brutal vencedor. No seré ni un ápice más humilde siendo llevado delante del carro de otro que viajando erguido sobre el mío propio.” ¿Y cuál es la conclusión? Pues que, después de todo, prefiero conquistar a ser capturado.

Despreciaré todo el dominio de Fortuna pero, si se me ofrece la opción, elegiré la mejor parte del mismo. Cualquier cosa que me suceda se convertirá en un bien, pero prefiero que me sucedan las cosas más agradables y placenteras, y aquellas que sean menos difíciles de manejar.

Porque, si bien no debes suponer que cualquier virtud puede ser adquirida sin esfuerzo, ciertas virtudes necesitan de la espuela y ciertas otras del freno. Así como el cuerpo debe ser echado hacia atrás en un descenso y hacia adelante en un ascenso empujado, del mismo modo no debes suponer que cualquier virtud puede ser adquirida sin esfuerzo; ciertas virtudes necesitan de la espuela y ciertas otras del freno. modo algunas virtudes siguen el camino fácil y otras se logran cuesta arriba. ¿Alguien dudará que la paciencia, la fortaleza, la perseverancia y toda virtud que enfrenta adversidades para vencer a Fortuna debe ir cuesta arriba, esforzarse y luchar? Y, dime, ¿acaso no es igual de evidente que la liberalidad, la moderación y la amabilidad van por el camino más fácil? En el caso de estas últimas debemos vigilar que no tropiecen; a las otras debemos clavarles las espuelas para instigarlas a avanzar.

Por consiguiente, frente a la pobreza utilizaremos aquellas virtudes más duras que saben combatir; para la riqueza emplearemos las virtudes más cautas que avanzan en puntas de pie y aun así mantienen el equilibrio. Desde el momento en que existe esta diferencia entre las virtudes, prefiero apropiarme de aquellas que pueden ser practicadas con relativa tranquilidad antes que aquellas cuyo ejercicio requiere sangre y sudor. “Por lo tanto – dirá el sabio – no vivo de una forma y hablo de otra sino que hablo de una forma y tú escuchas de otra. Sólo el sonido de mis palabras llega a tus oídos; lo que las palabras significan es algo que no investigas.”

Baco: En la mitología clásica, Baco (también llamado Dioniso) es el dios del vino, inspirador de la locura ritual y el éxtasis.

Tebas: En la antigüedad existieron al menos tres ciudades con este nombre. Está la Tebas egipcia, capital del Imperio Medio y del Imperio Nuevo; está la Tebas griega, la ciudad principal de la región de Beocia; y finalmente está la Tebas de Asia Menor en Anatolia. Séneca se refiere aquí probablemente a la ciudad griega.

Sócrates (470-399 AC): Gran filósofo griego, maestro de Platón, fue falsamente acusado de impiedad y de corromper a la juventud. Una asamblea popular lo encerró en la cárcel, lo juzgó y lo condenó a muerte obligándolo a beber veneno (la cicuta). (Cf. [Denes Martos, “Los Atenenses”](#)).

Capítulo XXVI

«¿Cuál es entonces – me preguntas – la diferencia entre tú, el sabio, y yo el tonto, si ambos deseamos tener riquezas?»

Una muy grande puesto que, a los ojos de un sabio, las riquezas son esclavas y a los ojos de los tontos son patronas; el sabio no le concede importancia a las riquezas y para ti las riquezas lo son todo. Te acostumbras a ellas y te aferras a ellas como si alguien te hubiera asegurado que son una propiedad duradera. El sabio nunca reflexiona tanto sobre la pobreza como cuando está en medio de la riqueza.

Ningún general confía tanto en la paz como para dejar de prepararse para la guerra, aun cuando ésta todavía A los ojos de un sabio, las riquezas son esclavas y a los ojos de los tontos son patronas.no se ha declarado. En cuanto a ti, una vivienda hermosa te convierte en arrogante, como si nunca pudiera incendiarse o derrumbarse; estás estupefacto por tu riqueza, como si se hubiese librado de todo riesgo y se hubiese vuelto tan enorme que Fortuna hubiese perdido toda su capacidad para destruirla. Juegas perezosamente con tus riquezas y no percibes el peligro en que se encuentran. Eres como los bárbaros que, cuando están sitiados y como no conocen a las máquinas de guerra, por lo general observan con indiferencia los preparativos de los sitiadores sin comprender el propósito de las construcciones que se están levantando a su alrededor. Así es contigo, yaces en medio de tus posesiones y no te preocupas por la gran cantidad de desastres que las amenazan por todos lados y que muy pronto producirán sus costosos daños. Pero al sabio, quienquiera que le robe sus riquezas, le dejará sin embargo todo lo que le pertenece; porque el sabio siempre es feliz viviendo el presente y no se desespera por el futuro.

«No hay nada – dice Sócrates, o cualquier otro de similar autoridad y habilidad para tratar asuntos humanos – sobre lo cual esté más firmemente determinado que sobre el no cambiar el curso de mi vida para adecuarme a vuestra opinión. Acumulad sobre mí las burlas de todos lados; no consideraré que me estáis censurando sino que estáis lloriqueando como pobres chiquillos.» Éstas serán las palabras de alguien que ha hallado la sabiduría; de alguien cuya alma, libre de todos los vicios, lo impulsa a reprender a los demás, no porque los odie sino porque desea enmendarlos.

Y, más aun, agregará para los demás: «Vuestra opinión sobre mí me preocupa, no por mí sino por vosotros. Porque odiar y atacar a la virtud con vuestros exabruptos equivale a renunciar a la esperanza de ser buenos. No me causáis daño, como tampoco dañan a los dioses quienes derriban sus altares. Pero la mala intención y el pérfido propósito se hacen evidentes incluso cuando no existe el poder de hacer daño. Considero vuestros balbuceos de la misma forma en que los Grandes y los Mejores de Júpiter consideran las tontas fantasías de los poetas que a uno le ponen alas, al otro cuernos, al otro lo retratan como un gran adúltero que se pasa la noche fuera de su hogar, al otro siendo cruel para con los demás dioses, al otro siendo injusto para con los hombres, al otro como violador de jóvenes nacidos libres y hasta de sus parientes, y al otro como parricida y usurpador del trono de los demás – incluso el de su propio padre. Con ello, todo lo que han logrado es que los hombres hayan quedado liberados de la vergüenza de hacer mal si se comportan creyendo que así imitan a los dioses.»

A pesar de que tus palabras no me hacen daño, aun así te ofrezco mi consejo para tu propio bien. Ten respeto por la virtud, ten fe en quienes habiéndola cultivado por mucho tiempo proclaman que están persiguiendo algo grande y que cada día parece más grande; reverénciala de la forma en que reverencias a los dioses y a sus voceros como sacerdotes de los dioses, y, cuando se haga mención de las escrituras sagradas, “sed favorables con vuestras lenguas”. Esta expresión no deriva, como muchos imaginan, de

“favor” entendido como “alabanza” sino implica silencio a fin de que el sacrificio pueda ser llevado a cabo de acuerdo con el ritual sin ser interrumpido por una palabra de mal augurio.

Júpiter: En la mitología romana, Júpiter, al igual que Zeus en la mitología griega, constituía la deidad principal del panteón. Su título habitual era el de *Iupiter Optimus Maximus Soter* (Júpiter el mejor, mayor y más sabio). Era un dios bondadoso (de allí la palabra “jovial”) patrón del Estado romano, encargado de las leyes y del orden social. La expresión utilizada aquí por Séneca de “los Grandes y Mejores de Júpiter” se refiere a los dioses principales que lo acompañaban y a quienes algunos poetas, literatos y artistas adjudicaron las aventuras más estrafalarias, retratándolos con aspectos extravagantes.

Capítulo XXVII

Pero más importante aun es que apliques este principio a ti mismo para que, cuando el oráculo se manifieste, puedas escuchar con el oído atento y la boca cerrada.

Cuando alguien, haciendo sonar su matraca, pretende hablar con autoridad; cuando alguien, hábil en castigar sus músculos con mano liviana, hace brotar la sangre de su espalda y de sus brazos; cuando una mujer aúlla mientras se arrastra por las calles sobre sus rodillas y un anciano, pobremente vestido y portando un ramo de laurel y una lámpara a plena luz del día, grita que alguno de los dioses está enojado; cuando algo de eso sucede, todos vosotros os amontonáis en una muchedumbre y escucháis, y fomentando el mutuo tonto asombro, afirmáis que ¡esa persona es divina!

Pues mira: de aquella prisión que purificó entrando en ella haciéndola más honorable que cualquier Senado, Sócrates exclama: “¿Qué clase de locura es ésta, qué instinto es éste que está en guerra con los dioses y con los hombres, y que os lleva a calumniar las virtudes y a profanar las cosas sagradas con vuestras perversas habladurías? Si podéis, alabad lo bueno; si no podéis, ignoradlo. Pero si os place dedicaros al abuso corrupto, pelead entre vosotros. Porque, si blasfemáis contra los cielos yo no digo: «Estáis cometiendo un sacrilegio» sino «Estáis perdiendo el tiempo». Alguna vez le suministré a Aristófanes material para sus burlas; toda la compañía de poetas cómicos ha volcado sobre mí su venenoso ingenio. Sin embargo, esos mismos esfuerzos por atacar mi virtud han aumentado su brillo; porque la virtud se beneficia con ser expuesta y puesta a prueba, y nadie comprende mejor cuán grande es que quienes han percibido su fuerza al atacarla. Nadie conoce mejor la dureza de la piedra que quien la golpea. Soy como una roca solitaria en el mar que las olas nunca han dejado de batir de todos lados y que, sin embargo, no han podido mover de su base ni desgastarla con su incesante ataque a lo largo de innumerables siglos. Saltad sobre mí, llevad a cabo vuestro asalto; os conquistaré resistiendo. Lo que ataca a algo firme e inconquistable desperdicia su poder en perjuicio propio. Por ello, buscad un objeto blando e inestable hacia el cual dirigir vuestros dardos.”

Y en cuanto a ti: ¿Tienes el pasatiempo de buscar los defectos de los demás y de juzgar a cualquiera? Te preguntas: «¿Por qué este filósofo tiene una vivienda tan

espaciosa? ¿Por qué aquél otro almuerzo con tanta suntuosidad?» Miráis las pequeñas heridas de otros mientras vosotros mismos estáis cubiertos de llagas. Es exactamente como si alguien, devorado por una pústula maligna, se burlase de los lunares y las verrugas de un cuerpo hermoso.

Búrlate de Platón porque quería tener dinero, de Aristóteles porque lo aceptó, de Demócrito porque lo despreció, de Epicuro porque lo gastó; échame en cara a Alcibíades y a Fedro – al final resultará que tu época más feliz será aquella en la que has tenido la suerte de copiar mis vicios. ¿Por qué no miras más bien tus propios defectos que te tironean desde todos lados, algunos atacándote desde afuera y otros hirviendo en tus propias entrañas.

Aun cuando no tengas un conocimiento suficiente de tu propia posición, los asuntos humanos no han llegado todavía a una situación que te permita tener tanto tiempo libre superfluo como para dedicarte al ocio de menear tu lengua abusando de quienes son mejores que tú.

Aristófanes : (444-385 AC) Fue un dramaturgo griego, autor de unas once comedias, que nació y murió en Atenas. En su comedia *Las Nubes* ridiculiza a Sócrates presentándolo como alguien dedicado a inculcar todo tipo de desatinos en las mentes de los jóvenes.

Aristóteles: (384-322 AC) Es uno de los más grandes filósofos de la antigüedad y hasta de toda la filosofía occidental. Fue el creador de la lógica formal, precursor de la anatomía y la biología, y agudo analista de la política. Maestro de Alejandro Magno, lo esencial de su pensamiento fue recuperado para el cristianismo a través de Santo Tomás de Aquino.

Demócrito (460-370 AC). Filósofo griego. Según Diógenes Laercio , era el menor de tres hermanos y, al dividirse la herencia paterna, eligió la parte más pequeña en dinero efectivo pues era lo que quería para realizar sus viajes. Se dice que estuvo en Egipto, Caldea, Persia y hasta en la India aprendiendo y compilando conocimientos. Dejó más de 70 obras sobre ética, física, matemática, técnica y música. Vivió al menos noventa años, aunque muchos autores coinciden que en realidad, al morir tenía más de cien.

Alcibíades: (Siglo V AC) Personaje griego de más que dudosa moralidad e integridad. Contemporáneo de Platón y de Sócrates, tuvo un papel notorio en la segunda fase de la Guerra del Peloponeso.

Fedón: se refiere muy probablemente a Fedón de Elis quien fue tomado prisionero durante la guerra de esa ciudad contra Esparta (400-401 AC). Convertido en esclavo, terminó en un burdel homosexual de Atenas donde su belleza lo hizo famoso.

Capítulo XXVIII

Esto es lo que no comprendes, y te das un aire que se condice mal con tu condición. Eres como uno de los tantos que holgazanean en el Circo o en el teatro mientras en sus hogares ocurre una desgracia y ellos todavía no se han enterado de la mala noticia.

Pero yo, observando desde las alturas, veo las tormentas que te amenazan y que dentro de poco caerán sobre ti como un diluvio. Y también veo aquellas que ya están cerca y a punto de arrastrarte a ti y a los tuyos. ¿Para qué decir más? ¿Acaso, incluso ahora mismo, nuestras mentes – si bien poco de ello te has enterado – no se agitan y giran como atrapadas por un huracán mientras vuelan y persiguen siempre las mismas cosas, siendo una vez alzadas hacia los cielos y al momento siguiente arrojadas hacia la más inmensa de las profundidades? . . .

(El resto del escrito se ha perdido).

De la Divina Providencia

A Lucilo

Cómo existiendo esta Providencia, suceden males a los hombres buenos.

Capítulo I

Me preguntas, Lucilo, por qué si al mundo lo gobierna la divina Providencia, a los hombres buenos les suceden muchos males. Podría contestarte esto con más comodidad en el contexto de un libro destinado a demostrar que la Providencia divina preside el Universo y que Dios se interesa por nosotros. Pero, ya que te place separar del todo una pequeña parte y solucionar una sola cuestión dejando a un lado la discusión del conjunto, haré algo que no es difícil: defenderé la causa de los dioses.

Será superfluo querer demostrar ahora que esta gran obra que es el mundo no puede estar sin un custodio; que el recorrido predecible de las estrellas no obedece a un movimiento casual; que lo movido por el azar se desordena con frecuencia y choca entre sí con facilidad; y que, por el contrario, esta insuperada velocidad que arrastra tantas cosas en la tierra y en el mar, tantas luminarias clarísimas de preordenado brillo, surge por imperio de una Ley eterna. Los cuerpos dispuestos casualmente no están suspendidos con tanta sabiduría como para que el enorme peso de la tierra se mantenga inmóvil y contemple la fuga del cielo que gira a su alrededor; como para que los mares que se infiltran en los valles ablanden las tierras y no sufran incremento alguno por los ríos, como para que de muy pequeñas semillas nazcan grandes plantas.

Aunque sean repentinos, no suceden sin razón ni siquiera aquellos fenómenos que parecen confusos e inciertos – como las lluvias, las nubes, las caídas de furiosos rayos, el fuego que se derrama de las rotas cumbres de las montañas, los temblores que sacuden la tierra y todos los demás hechos que se originan en la agitada región que rodea la tierra. Pues incluso estos hechos tienen sus causas, no menos que aquellos que, por aparecer en sitios insólitos, llamamos milagros; como las aguas calientes que aparecen en medio de las ondas marinas y las nuevas islas que de repente surgen en medio del enorme mar.

Y el observador puede ver como, retirándose las aguas, quedan desnudas las playas y, luego de poco tiempo, el mar las vuelve a cubrir. Podrá apreciar que, con una cierta volubilidad, las olas se contraen, se vuelven sobre sí mismas, y retornan a su sitio con gran rapidez; siendo que crecen según medidas fijas, decrecen a la hora y el día señalados, mostrándose ya mayores y ya menores, conforme las atrae la Luna a cuyo albedrío crece el Océano. Pues, queden todas estas cosas reservadas para otra oportunidad; más aun cuando tú no dudas de la Providencia sino que te quejas de ella.

Quiero reconciliarte con los dioses, que son buenos con los buenos. Porque la naturaleza no permite que las cosas buenas dañen a los buenos. La virtud establece cierta estrecha amistad entre Dios y los hombres buenos; y no sólo una amistad sino una

estrecha familiaridad y semejanza; porque el hombre bueno se diferencia de Dios sólo por la duración de la vida, siendo que es su discípulo, imitador y auténtica progenie. Ese magnífico padre, nada laxo en las virtudes, educa a los buenos con mayor dureza, al igual que los padres severos.

Por ello, cuando veas que hombres buenos y amados de Dios sufren, sudan y transitan caminos difíciles mientras los malos se entregan a los goces y a los placeres, persuádate de que, así como nos agrada la modestia de nuestros hijos y nos deleita el desenfado de nuestros esclavos domésticos, y así como refrenamos a los primeros con disciplina mientras que en los otros alentamos la desenvoltura; así Dios hace lo mismo: no mantiene al hombre bueno en placeres, sino que lo somete a prueba para que se haga duro porque lo prepara para sí.

En el mundo antiguo se creía en una especie de circulación constante de las aguas. Según esta hipótesis, del mar las aguas pasaban por filtración a los ríos, y de los ríos retornaban al mar. Por otra parte, de acuerdo a los conocimientos astronómicos de la época de Séneca, la tierra se hallaba en el centro del universo. Por sobre la tierra se extendía una región que correspondía al agua, luego otra correspondiente al fuego y después otra más que era la del éter. Dentro de esta última se encontraban las esferas de la luna, el sol y los planetas mientras que, en la parte más alejada, se ubicaban las estrellas.

Capítulo II

Si a los hombres buenos les suceden muchas cosas adversas ¿por qué decimos que al que es bueno no le puede suceder algo malo? Es que las cosas contrarias no se mezclan. Así como tantos ríos, tantas lluvias y la fuerza de tantas saludables fuentes no cambian y ni siquiera atenúan lo salado del mar, así tampoco trastorna el ánimo del varón fuerte la avalancha de las adversidades. Siempre mantiene la compostura y a todo lo que le sucede lo impregna de su mismo color, porque es más poderoso que todas las cosas externas.

No digo que no las siente; pero digo que las vence y que, estando tranquilo y sereno, se alza contra las cosas que lo asaltan, juzgando que todas las adversidades son un ejercicio que fortalece su valor. ¿Pues qué hombre comprometido con lo justo no desea el esfuerzo razonable, estando dispuesto a aceptar deberes que conllevan peligros? ¿Y qué persona activa no percibe al ocio como un castigo?

Vemos que los atletas deseosos de aumentar sus fuerzas, las desarrollan con los más fuertes pidiendo a aquellos con quienes practican para la verdadera pelea que usen contra ellos de todo su esfuerzo. Consienten en ser heridos y golpeados; y cuando no hallan otros que puedan oponérseles en combate singular, entablan la lucha con muchos simultáneamente.

Sin un adversario, la virtud se marchita. Sólo apreciamos la envergadura y la eficiencia real de la virtud cuando, con su constancia, nos muestra aquello de lo que es

capaz. Ten por seguro que las buenas personas deben hacer lo mismo. No deben temer lo áspero y lo difícil, ni quejarse de la fortuna. Deben tomar buena parte de todo lo que les sucede y convertirlo en bien. Lo importante no está en lo que se sobrelleva, sino en cómo se lo sobrelleva.

¿No has observado cómo los padres demuestran su amor de una manera y las madres de otra? El padre ordena que sus hijos sean despertados a fin de que puedan comenzar temprano con sus quehaceres; aun en días feriados el padre no les permite permanecer ociosos y les hace verter sudor y a veces lágrimas. Pero la madre los mimaba en su regazo, procura mantenerlos a la sombra; querría que nunca sean infelices, que nunca lloren, que nunca tengan que bregar.

Pues Dios tiene para con las buenas personas el ánimo de un padre, y cuando más Dios tiene para con las buenas personas el ánimo de un padre, y cuando más intensamente las ama, más les exige. Intensamente las ama, más les exige, ya sea con obras, o con dolores, o con pérdidas, para que así acumulen auténtica fuerza. Los cuerpos engordados por la pereza son débiles; y no sólo el trabajo, sino hasta el movimiento y su propio peso los hace desfallecer. La prosperidad nunca menoscabada es incapaz de resistir golpe alguno; pero quien ha batallado constantemente contra las dificultades se templea en el sufrimiento y no se rinde ante el infortunio; y aun cuando caiga, seguirá peleando de rodillas.

¿Te sorprende que ese Dios, que ama el bien con la mayor intensidad, que desea que las personas se tornen eminentemente buenas y virtuosas, les adjudica un destino que las obliga a luchar? Por mi parte, no me maravillo si a veces los dioses resultan impulsados por el deseo de ver a grandes hombres lidiar con alguna calamidad.

Nosotros, los hombres, a veces vemos con agrado al joven de firme coraje que enfrenta con su lanza a la fiera salvaje que ataca; al que sin demostrar miedo enfrenta la embestida de un león. Y mientras más honorable sea el joven que hace tal cosa, más agradable se torna el espectáculo. Pero estas no son las cosas que atraen la mirada de los dioses hacia nosotros – son infantiles; son pasatiempos de la frivolidad del hombre. Pero he aquí que hay un espectáculo digno de llamar la atención de Dios cuando contempla su obra; hay una lidia digna de Dios. Es la de un hombre valiente enfrentándose cuerpo a cuerpo con el infortunio, y más aun cuando es él mismo quien lo desafió.

No sé si el Señor de los Cielos podría hallar sobre la tierra, suponiendo que dirija hacia ella su atención, un espectáculo más noble que el de Catón quien, después de ser derrotada su causa más de una vez, aun así se irguió entre las ruinas de la cosa pública para decir:

«Aunque todo el mundo ha caído bajo la mano de un sólo hombre, aun cuando las legiones de César custodian a la tierra y sus flotas el mar, y las tropas de César ocupan las puertas de la ciudad, aun así Catón tiene una ruta de escape; con una sola mano abrirá un ancho sendero a la libertad. Esta espada que se ha mantenido inmaculada e impecable aun en la guerra civil, rendirá al fin un buen y noble servicio: ¡le dará a Catón la libertad que no pudo darle a la patria! Emprende, alma mía, la empresa largamente meditada; líbrate de los asuntos humanos. Ya Petreyo y Juba se han enfrentado y yacen muertos el uno por la mano del otro. Sus acuerdos con el Destino fueron valientes y

nobles, pero algo semejante sería inapropiado para mi grandeza. Para Catón, el pedirle a cualquier otro hombre la muerte sería tan innoble como implorarle la vida.»

Estoy seguro de que los dioses tuvieron gran beneplácito en ver como este héroe, muy cruel en su propia venganza, se ocupó sin embargo de la seguridad de los demás y arregló la huida de sus seguidores que lo abandonaban; como, incluso en su última noche, se dedicó a sus estudios; como clavó la espada en su sagrado pecho; y como, mientras esparcía sus entrañas, extrajo con su propia mano esa alma sacrosanta, demasiado noble para ser profanada por el acero.

Quisiera creer que fue por eso que la primer herida no resultó ni bien dirigida ni eficaz – no fue suficiente para los dioses inmortales el observar a Catón una sola vez. Su virtud resultó preservada y vuelta a llamar para que pudiera exhibirse en un papel aun más duro; pues, para buscar la muerte no hace falta un alma tan grande como la necesaria para volver a buscarla otra vez. ¡De seguro que los dioses vieron con aprobación a su discípulo cuando éste se evadió con un final tan glorioso y memorable! La muerte consagra a aquellos cuyo final deben alabar aun quienes la temen.

Catón el Joven (95 AC – 46 AC). Después de la batalla de Útica, Catón se negó a vivir en un mundo gobernado por César y se suicidó. Según Plutarco, trató de hacerlo arrojándose sobre su propia espada, pero falló en su intento al tener la mano herida. Uno de sus esclavos lo encontró en el suelo y llamó a un médico para que atendiera sus heridas. Catón esperó hasta que terminaron de atenderle y le dejaron. Cuando quedó solo, se quitó los vendajes y, con sus propias manos, se extrajo los intestinos, completando de esta horrible forma su suicidio. César, al conocer la noticia del suicidio de Catón, exclamó: «Catón, a regañadientes acepto tu muerte, como a regañadientes hubieras aceptado que te concediera la vida»

Capítulo III

A medida en que avance la discusión, te demostraré que las cosas que parecen ser males no lo son en realidad. Por ahora sólo diré que aquellas cosas que llamas rigores, adversidades y maldiciones, son, en primer lugar, para el bien de las propias personas a quienes les ocurren; en segundo lugar, que son para el bien de toda la familia humana por la cual los dioses se preocupan más que por los individuos aislados. Reitero: las buenas personas aceptan de buen grado que sucedan estas cosas; y si no las aceptan, merecen su infortunio. Añadiré, además, que estas cosas suceden así por el destino y es justo que le acontezcan a los buenos por la misma ley que los hace buenos. Por último, te exhortaré a no sentir jamás lástima por un buen hombre. Pueden llamarlo desdichado, pero no puede serlo.

De todas las proposiciones que he adelantado, la más difícil parece ser la primera: que aquellas cosas ante las cuales todos sentimos escalofríos y temor, son para el bien de las personas a quienes les suceden. Me preguntarás: «¿Es por su propio bien que los hombres son enviados al exilio, reducidos a la pobreza, obligados a sepultar mujer o hijos, expuestos a la ignominia pública y quebrantados en su salud?» Si te sorprende que estas cosas sean para el bien de cualquiera, también debería sorprenderte que a

veces se cura a los enfermos mediante cirugía, cauterizaciones y también con ayuno y sed. Pero si reflexionas sobre el hecho que, para curarse, los enfermos de vez en cuando deben soportar que les limen o extraigan los huesos, que les abran las venas, y que a veces se amputen miembros imposibles de preservar sin causar la destrucción de todo el cuerpo, podrás convencerte también de esto: en ocasiones los males son para el bien de aquellos a quienes les ocurren. Tanto es así, y tienes mi palabra por ello, que aquellas otras cosas que son alabadas y deseadas, a veces resultan en un daño para quienes se solazan con ellas, siendo muy similares a la gula, a la ebriedad, y los otros deleites que matan dando placer.

Entre la gran cantidad de magníficas sentencias de nuestro amigo Demetrio se encuentra ésta que acabo de escuchar y que aun me resuena en los oídos: «Ninguna persona – decía – parece ser más desdichada que aquella que jamás se encontró con la adversidad.» Es que un hombre así nunca tuvo la oportunidad de ponerse a prueba. A pesar de que todas las cosas fluyeron hacia él respondiendo a sus plegarias – y aun antes de sus plegarias – los dioses han emitido un juicio adverso sobre su persona. Ha sido hallado indigno de obtener jamás una victoria sobre la diosa Fortuna porque ésta se aparta de todos los cobardes como diciendo: «¿Por qué habría yo de elegir a ese sujeto por adversario? Dejará caer sus armas inmediatamente. Contra él no necesito todo mi poder; huirá ante la más leve amenaza. No soporta ni siquiera mirarme a la cara. Déjame buscar a otro para entablar combate. Me avergüenza enfrentar a un hombre dispuesto a dejarse vencer.»

Un gladiador considera humillante tener que combatir con un inferior, porque sabe que vencer sin riesgo es vencer sin gloria. Lo mismo es válido para Fortuna. Esta diosa busca y elige a los hombres más fuertes; a los demás los deja de lado con desprecio. Se enfrenta con los más tenaces e inflexibles porque éstos son los hombres contra los cuales puede poner en juego todo su poder. A Mucio lo pone a prueba por el fuego; a Rutilio por el exilio; a Régulo por la tortura; a Sócrates por el veneno; a Catón por la muerte. Sólo el infortunio permite descubrir a una persona ejemplar.

¿Es Mucio desafortunado porque aprieta en su diestra las llamas del enemigo y se obliga a sí mismo a pagar por su error? ¿O porque con su mano quemada pone en fuga al rey que con su mano armada no pudo hacer huir? Dime, ¿hubiera sido más feliz calentando su mano en los pechos de su amante?

¿Es Fabricio desafortunado porque, toda vez que puede dejar los asuntos del Estado, se dedica a arar su tierra? ¿Porque va a la guerra contra las riquezas no menos que contra Pirro? ¿Porque las raíces y las hierbas que cena junto a su hogar son las que él mismo, anciano y celebrado con un triunfo, cultivó en la tierra que limpió de malezas? Dime: ¿Sería más feliz cargando su barriga con pescados de alguna costa lejana o con aves traídas del extranjero; o sacudiendo la pereza de su estómago pronto a vomitar con ostras de los mares del Este y del Oeste; o si tuviera presas de primera calidad, capturadas al costo de la vida de más de un cazador, servidas con frutas apiladas a su alrededor?

¿Es Rutilio desafortunado porque quienes lo condenaron tendrán que justificar sus acciones por los siglos de los siglos? ¿Porque prefirió que le robaran la patria y no que le robaran el exilio? ¿Porque fue el único que se atrevió a negarle algo al dictador Sila y, cuando lo llamaron del exilio, no sólo no volvió sino que se fue más lejos? «Dejad que

se queden con Roma – dijo – quienes vuestra feliz época ha aprisionado allí. Dejadlos ver el Foro inundado de sangre y las cabezas de los senadores colocadas junto al lago de Servilio, ya que allí es dónde son despojadas las víctimas de las proscripciones de Sila. Ved a las bandas de asesinos vagando por la ciudad y a varios miles de ciudadanos despedazados en un mismo lugar después de una promesa de seguridad o, peor aun, incluso por razones de seguridad. Dejad que quienes no pueden soportar el exilio se queden con esas cosas.»

¿Es Lucio Sila afortunado porque las espadas despejan su camino cuando desciende al foro; porque soporta que se le muestren las cabezas de los cónsules y manda al tesorero a pagar el precio de sus asesinatos con fondos públicos? ¡Y éstas son las acciones de un hombre que propuso la Ley Cornelia!

Pasemos ahora a Régulo. ¿En qué lo hirió Fortuna al hacerlo ejemplo de lealtad y constancia? Los clavos perforaran su piel y cada vez que pone su fatigado cuerpo a descansar, yace sobre alguna herida con los ojos hinchados por la eterna falta de sueño. Pero mientras más grande es su tortura, mayor será su gloria. ¿Te gustaría saber cuan poco se arrepiente de haber valuado la virtud a este precio? Pues, cúralo, envíalo de regreso al senado y volverá a expresar la misma opinión.

¿Imaginas que Mecenas es un hombre más dichoso cuando, agitado por el amor y sufriendo los diarios repudios de su caprichosa mujer, procura adormecerse escuchando una música armoniosa que resuena suavemente desde lejos? Por más que se entumezca con el vino y entretenga su perturbada mente con el sonido de cataratas de agua, o trate de engañarla con miles de placeres, no conciliará el sueño en su blando lecho al igual que Régulo en los tormentos. Pero mientras éste podrá consolarse sabiendo que sufre rigores por una causa justa y podrá apartar los ojos de su sufrimiento para ponerlos sobre esa causa, el otro, agotado por los placeres y debatiéndose entre demasiada buena fortuna, resulta atormentado menos por lo que sufre que por la causa de su sufrimiento.

El vicio no ha llegado a tomar tan entera posesión del género humano como para dudar que, si es que el Destino diese la posibilidad de elegir, la mayoría preferiría ser un Régulo y no un Mecenas. Y si hubiere alguno que tuviese la osadía de confesar que preferiría ser un Mecenas y no un Régulo, ese sujeto – aunque no lo admita - sin duda más quisiera ser una Terencia.

¿Consideras que Sócrates fue maltratado porque tomó, como si fuese un elixir de inmortalidad, ese brebaje que el Estado le cocinó y dialogó acerca de la muerte hasta el momento mismo de su muerte? ¿Fue maltratado porque su sangre se enfrió y, a medida en que ese frío se extendió gradualmente, el latido de su pulso se detuvo?

¡Cuanto más debemos envidiar a Sócrates y cuanto menos a aquellos que son servidos en copas de piedras preciosas y a quienes un catamita – esa criatura asexuada, apta para todo trabajo – les diluye el vino con nieve guardada en un recipiente de oro! Todo lo que éstos beben lo vuelven a ver en sus vómitos, degustando su propia bilis con rostros descompuestos; pero Sócrates beberá a grandes tragos el veneno, de buen grado y con alegría.

En cuanto a Catón, ya se ha dicho lo suficiente. Toda la humanidad está de acuerdo en que este gran hombre llegó al pináculo de la felicidad aun cuando la Naturaleza lo

eligió como adversario para hacerle sentir su temible poder. «La enemistad de los poderosos – dijo Natura – es una adversidad; pues hagamos que Catón se enfrente al mismo tiempo con Pompeyo, César y Craso. Es una adversidad el ser superado por un inferior cuando se compite por un cargo; pues dejemos que sea derrotado por Vatínio. Es una adversidad el verse envuelto en una guerra civil; pues dejémosle combatir contra todo el mundo por una causa justa, incluso con escaso éxito pero con igual obstinación. Es una adversidad el alzar la mano contra uno mismo; pues que lo haga. ¿Y qué conseguiré con esto? Pues que todos sepan que estas cosas de las cuales juzgo digno a Catón, en realidad no son calamidades.»

Demetrio fue un filósofo, amigo y maestro de Séneca. Opositor de la monarquía, el emperador Vespasiano lo desterró a una isla. Afirmó que la virtud debe entenderse como un esfuerzo y sostuvo la idea de un orden universal establecido por la Providencia que el hombre sabio debe aprender a aceptar.

Cayo Mucio Escévola (finales del siglo VI a. C.), héroe en la guerra que sostuvo el pueblo romano contra el rey etrusco Lars Porsena. Ante la amenaza de una derrota que el continuo asedio de los etruscos hacía temer, Mucio decidió por cuenta propia infiltrarse en el campamento enemigo y asesinar a su rey. Cometió, sin embargo, el error de equivocarse de persona y mató a otro adversario. Apresado inmediatamente por la guardia real, Porsena amenazó con echarlo al fuego si no confesaba quién era, por dónde había llegado y cuántos se hallaban con él. Mucio, por toda respuesta, puso su mano derecha en un brasero que tenía a su lado, y mientras el fuego consumía su carne, manifestó impasible: "Poca cosa es el cuerpo, para quien sólo aspira a la gloria" (Tito Livio, Décadas). Porsena, admirado por la entereza del joven, decidió perdonarle la vida. En aparente agradecimiento, Mucio simuló confesarle al rey que docenas de jóvenes habían prestado juramento de acabar con él o sucumbir en el intento y que en ése mismo momento, algunos se hallaban rodeando el campamento. Creyéndose la fabulación del romano y temiendo que todos los jóvenes mencionados fuesen tan valerosos como él, Porsena decidió retirar sus tropas y poner fin a la guerra. Por quedar su mano derecha inutilizable, a Cayo Mucio lo apodaron Scevola, que en latín significa zurdo. El apodo se trasladó luego a toda la familia.

Cayo Fabricio Luscino (Fines del Siglo III AC). Cónsul romano. Tras la derrota de los romanos a manos del rey Pirro de Épiro en la batalla de Heraclea, Fabricio negoció la paz con Pirro, y posiblemente el rescate e intercambio de prisioneros. Plutarco comenta que Pirro quedó tan impresionado por la imposibilidad de sobornar a Fabricio, que devolvió a los prisioneros sin necesidad del pago de ningún rescate. La austeridad y la incorruptibilidad de Fabricio fueron legendarias en Roma.

El Triunfo en Roma era una gran ceremonia civil y religiosa que se celebraba para honrar al jefe militar que regresaba victorioso de una guerra en el extranjero. Consistía esencialmente de un desfile militar y de una gran fiesta popular. Durante el desfile, el honrado recorría las calles de roma en un soberbio carro tirado por cuatro caballos en línea y, detrás de él, un esclavo sostenía la corona de laureles sobre su cabeza recordándole a cada instante la fórmula: “recuerda que eres tan sólo un hombre”.

Publio Rutilio Rufo (159 AC – 78AC). Político, orador e historiador romano, tío abuelo de Julio César. Habiendo ido como legado a la Provincia de Asia, por tratar de proteger a los ciudadanos de la provincia de la extorsión de los publicani, los recaudadores de impuestos, Rutilio se granjeó la animadversión del orden ecuestre, al que pertenecían los publicani. En el año 92 a. C. se le acusó a él de extorsión, cuando había hecho todo lo posible por evitarla. La acusación era a todas luces falsa, pero en esos tiempos los jurados estaban compuestos por ciudadanos del orden ecuestre, y dado su enfrentamiento, le condenaron. Como buen estoico, Rutilio aceptó el veredicto con serenidad. Se retiró a Mitilene, y más tarde a Esmirna, en donde pasó el resto de su vida. Posiblemente como una forma de desafiar a los perseguidores, fue recibido con honores en la misma ciudad en la que se le acusó de haber extorsionado, y en donde Cicerón le visitó alrededor de 78 AC. A pesar de haber sido invitado por Lucio Cornelio Sila a volver a Roma, Rufo lo rechazó.

Lucio Cornelio Sila (138 AC-78 AC). Cónsul de Roma en los años 88 AC y 80 AC. Dictador entre los años 81 y 80 AC. Luego de enfrentarse con Cayo Mario, restablecer el orden en Roma por la fuerza de las armas, y derrotar en Oriente al rey Mitridates, regresó a Italia precipitando la Guerra Civil (84-82 AC). Vencedor de la contienda estableció una dictadura durante la cual persiguió sistemáticamente a sus enemigos pero, al mismo tiempo realizó una ambiciosa obra legislativa para tratar de restaurar el funcionamiento de las instituciones republicanas. Cumplidos sus objetivos, volvió a la condición de simple particular, siendo el único dictador de la historia que, habiendo asaltado el poder absoluto por la fuerza de las armas, renunció voluntariamente al mismo. Sila es un personaje atípico y moralmente ambiguo. Político sagaz y militar genial, fue uno de los últimos defensores de la legalidad constitucional, pero también uno de los principales responsables de la caída de la República. La posteridad ha estado muy dividida en su juicio sobre Sila. Hay quien lo considera un monstruo sanguinario mientras otros lo elogian por sus dotes de político y legislador. La Ley Cornelia fue decretada por Sila y devolvía a los colegios sacerdotales el derecho de elegir sacerdotes, derecho que otra ley, la ley Domicia, les había quitado con anterioridad para dárselo a las asambleas populares.

Marco Atilio Régulo (falleció ca. 250 AC). General y cónsul romano. En el año 255 AC fue derrotado y hecho prisionero por los cartagineses. Permaneció en cautiverio hasta el 250 AC cuando, a cambio de una solemne promesa de regresar, fue enviado a Roma para negociar, ya sea la paz o bien un intercambio de prisioneros. Sin embargo, una vez en Roma recomendó al Senado el rechazo de ambas propuestas. Honrando su palabra, regresó a Cartago, dónde lo metieron en un tonel lleno de clavos que hicieron rodar desde la cumbre de un cerro.

Cayo Cilnio Mecenas (70 AC-8 AC). Noble romano de origen etrusco, consejero político del emperador Augusto. Hombre de gran fortuna, fue famoso por proteger y promocionar a los artistas de su época tales como Horacio, Virgilio y varios otros. Tanto es así que su nombre se ha convertido en sinónimo universal de patrocinador de las artes y la cultura. No obstante, su personalidad fue sumamente compleja. El historiador romano Marco Velejo Patérculo lo describe como una persona: "... de

incansable vigilancia durante emergencias críticas, muy previsor y siempre sabiendo cómo actuar, pero más lujurioso y afeminado que una mujer al relajarse y dejar de lado sus negocios." Durante sus últimos años parece ser que sufrió una serie de trastornos neuróticos y particularmente un prolongado insomnio, que procuraba aliviar con toda clase de sedantes.

Terencia: fue la mujer de Mecenas. Su escandalosa infidelidad no sólo amargó la vida de su marido sino que llegó hasta a provocar el desagrado del emperador Augusto.

Catamita: era el compañero joven, preadolescente o adolescente, de una relación homosexual en Roma.

Capítulo IV

El éxito premia al hombre común y hasta a la habilidad ordinaria; pero el triunfar sobre las calamidades y los miedos de la vida mortal, eso está reservado solamente a un gran hombre. En verdad te digo: el ser siempre feliz y pasar por la vida sin ninguna angustia mental equivale a ignorar la mitad de la naturaleza.

Eres un gran hombre, pero ¿cómo puedo saberlo si Fortuna no te ofrece ninguna oportunidad para demostrar lo que vales? Has ingresado como participante de los Juegos Olímpicos, pero si nadie más que tú lo ha hecho, obtendrás la corona pero no la victoria. Podrás tener mis congratulaciones – no como un hombre valiente, sino como si hubieses obtenido el consulado o la magistratura; habrás tan solo aumentado tu prestigio.

De modo El éxito premia al hombre común y hasta a la habilidad ordinaria; pero el triunfar sobre las calamidades y los miedos de la vida mortal, eso está reservado solamente a un gran hombre. similar podré, también, decirle a un buen hombre si ninguna circunstancia más dura le ha dado la oportunidad de mostrar la fuerza de su mente: «Te considero desafortunado porque nunca has sido desafortunado; has pasado por la vida sin un antagonista; nadie sabrá qué eres capaz de hacer – ni siquiera tú mismo.» Porque, si un hombre ha de conocerse a sí mismo, debe ser puesto a prueba; y nadie descubre lo que puede hacer excepto intentándolo. Algunas personas se han presentado voluntariamente a someterse a un infortunio que tardaba en venir y han buscado una oportunidad para hacer brillar una virtud que estaba por quedar en las sombras.

Con frecuencia – digo – los grandes hombres se alegran de la adversidad, como lo hacen los soldados valientes en la guerra. Cierta vez escuché a Triunfus, un gladiador de la época de Tiberio César, quejarse de la escasez de espectáculos: «¡Qué preciosa época – decía – se ha perdido!» El verdadero valor está ávido de peligros y piensa más en el objetivo a conquistar que en lo que puede llegar a sufrir, desde el momento en que incluso lo que ha de sufrir será parte de su gloria. Los guerreros se vanaglorian de sus heridas y muestran con orgullo la sangre que quedó sobre sus corazas. Quienes retornan

indemnes de la batalla podrán haber combatido del mismo modo, pero el hombre que regresa herido recibe el mayor reconocimiento.

Digo que Dios le concede un favor a quienes desea que logren la mayor virtud posible cada vez que les otorga los medios para hacer algo con valor y firmeza, y para ello éstos deben encontrar alguna dificultad en la vida. Al piloto del barco se lo juzga en la tormenta; a un soldado en la línea de combate. ¿Cómo sabré con qué espíritu enfrentarás la pobreza si yaces en la abundancia? ¿Cómo puedo saber con qué firmeza enfrentarás la desgracia, la maledicencia y el odio público, si envejeces en medio de salvas de aplausos, si te rodea una popularidad irresistible que fluye hacia ti gracias a cierto talento para leer la mente de las personas? ¿Cómo puedo saber con qué ecuanimidad soportarás la pérdida de un hijo si estás rodeado de todos los que has engendrado? Te he escuchado consolando a los demás. Si hubieras tenido que consolarte a ti mismo, si te hubieras dicho a ti mismo que no debes quejarte, entonces habría visto yo tu verdadero carácter.

No tengas miedo, El desastre es la oportunidad de la virtud, te ruego, de esas cosas que los dioses inmortales aplican a nuestras almas como si fuesen espuelas. El desastre es la oportunidad de la virtud. Con razón pueden ser llamados desdichados quienes se encuentran adormecidos por un exceso de buena suerte; quienes descansan como en inmóvil calma sobre un quieto mar. Cualquier cosa que les suceda les parecerá un cambio.

Un destino cruel pesa más sobre quienes no tienen experiencia; el yugo es más pesado para un cuello delicado. El recluta novato se pone pálido ante la idea de una herida; pero el veterano observa impassible su propia sangre porque sabe que ésta ha sido con frecuencia el precio de su victoria.

De una manera similar Dios, Dios templa, pone a prueba y disciplina a quienes aprueba, a quienes ama, templa, pone a prueba y disciplina a quienes aprueba, a quienes ama. En cambio a aquellos que parece favorecer, a quienes parece preservar, en realidad los está manteniendo débiles frente a los males que sobrevendrán. Porque te equivocas si supones que hay alguien exceptuado de la adversidad. Incluso el hombre que ha prosperado durante mucho tiempo tendrá su cuota algún día; cualquiera que parezca haber sido exceptuado sólo ha sido pospuesto.

¿Por qué aflige Dios a los mejores hombres con mala salud o penurias y a algunos otros con infortunio? Pues por la misma razón por la cual en el ejército a los hombres más valientes se les asignan las tareas más peligrosas. Un general envía los soldados más selectos a sorprender al enemigo mediante un ataque nocturno, a explorar el camino, o a desalojar una guarnición. Ninguno de estos hombres dirá: «Mi comandante me ha jugado una mala pasada»; por el contrario, dirá: «Me ha distinguido». De la misma manera, todos los que han sido llamados a soportar aquello que haría llorar a los cobardes y a los pusilánimes pueden decir: «Dios nos ha considerado instrumentos dignos de su propósito de descubrir cuánto es capaz de soportar la naturaleza humana.»

Huye de los lujos; huye de la buena suerte que debilita, de aquella que entumece la mente de los hombres porque, si nada interviene para recordarles el destino del hombre, se hunden en algo similar al estupor de una eterna embriaguez. El hombre que siempre ha tenido ventanas con vidrios para protegerlo de los vientos; aquellos cuyos pies se han

mantenido cálidos con fomentos tibios y calientes renovados cada tanto; aquellos cuyos comedores se han mantenido calefaccionados por medio del aire caliente que pasa por debajo del piso y circula alrededor de las paredes – a estos hombres les bastará una leve brisa para quedar expuestos a un gran riesgo.

Si bien todos los excesos son dañinos, el más peligroso es el de una buena suerte ilimitada. Excita el cerebro, evoca vanas fantasías en la mente y envuelve en una densa niebla a la frontera entre la verdad y la mentira. ¿No sería mejor soportar, con ayuda de la virtud, una mala suerte permanente a quedar destruido por ilimitados e inmoderados placeres? La muerte por inanición viene muy suavemente; por gula se revienta.

Y de este modo, en el caso de los hombres buenos, los dioses aplican la misma regla que los maestros utilizan con sus discípulos; requieren el mayor esfuerzo de aquellos en quienes depositan las más firmes esperanzas. ¿Crees que los lacedemonios odian a sus hijos cuando ponen a prueba su carácter flagelándolos en público? Sus propios padres los alientan a soportar bravamente los golpes del látigo y los exhortan a ofrecer sus cuerpos heridos a nuevas heridas, aun cuando ya se hallen maltrechos y medio desmayados.

¿Por qué, entonces, habría de ser raro que Dios pusiese a prueba a los espíritus nobles con severidad? Nunca una prueba de virtud es fácil. Si Fortuna nos flagela y castiga, soportémoslo; no es crueldad sino una prueba, y mientras con mayor frecuencia nos sometamos a ella, más fuertes seremos. La parte más firme del cuerpo es aquella que más se usa en forma constante. Deberíamos ofrecernos a Fortuna para que, luchando contra ella, podamos ser templados por ella. Gradualmente nos hará similares a ella. La familiaridad con la exposición al peligro nos hará despreciarlo.

De este modo, los cuerpos de los marineros se hacen duros enfrentándose con el mar; las manos de los agricultores tienen callos; los músculos de los soldados tienen fuerza para lanzar armas y las piernas de un corredor son ágiles. En cada uno de ellos el miembro más firme es el que ha ejercitado. Soportando adversidades la mente aprende a despreciarlas.

Podrás darte cuenta de lo que esto puede hacer por nosotros observando cuánto ayuda el esfuerzo a las naciones pobres que se han endurecido por la pobreza. Considera a todas las tribus a las que no llega la civilización romana – me refiero a los germanos y a todas las tribus nómadas que nos asaltan a lo largo del Danubio. Las oprime un eterno invierno y un cielo sombrío; la tierra estéril les mezquina el sustento; se protegen de la lluvia con techos de paja o con hojas; se extienden por pantanos rodeados de hielo y cazan bestias salvajes para comer.

¿Crees que son desdichados? No hay desdicha para quienes el hábito ha retornado a la naturaleza. Lo que comenzaron a hacer por necesidad, gradualmente se ha convertido en placer. No tienen vivienda ni lugares de descanso excepto aquellos que la fatiga les adjudicó un día; su comida es grosera y debe ser procurada a mano; un clima terriblemente severo; cuerpos sin vestimenta – ¡así es, para innumerables tribus, la vida que a ti te parece tan calamitosa!

¿Por qué, entonces, te asombras de que se vapulee a los hombres buenos para que puedan crecer y ser fuertes? Ningún árbol se vuelve bien arraigado y firme a menos que

lo embistan muchos vientos. Por causa de las mismas sacudidas aumenta su agarre y planta sus raíces con mayor firmeza; los árboles frágiles son aquellos que han crecido en un valle soleado. Es por lo tanto ventajoso incluso para los buenos hombres y a fin de superar el miedo, vivir constantemente en medio de alarmas y tener que sobrellevar con paciencia los sucesos que sólo son males para quien mal los soporta.

En Esparta existió una ceremonia realizada ante el altar de Artemisa Ortia que consistió en flagelar a los jóvenes delante de la diosa para acostumbrarlos a soportar el dolor sin quejarse. (Cf. [Denes Martos “Los Espartanos”](#)).

Capítulo V

Considera también que es para el bien común que los mejores hombres se hagan soldados, por decirlo así, y presten servicio. Es el propósito de Dios, y del hombre sabio también, demostrar que aquellas cosas que el hombre común desea y aquellas que teme, en realidad no son ni buenas ni malas. Podría parecer lo contrario, sin embargo, si las cosas buenas fuesen otorgadas sólo a los hombres buenos y las malas inflingidas sólo a los malos.

La ceguera sería una maldición si nadie perdiese sus ojos, excepto el hombre que merece que se los arranquen; por consiguiente dejemos que Apio y que Metello sean privados de la luz. Las riquezas no son un bien; por lo tanto que las posea hasta el rufián de Elio a para que otros hombres, aun cuando veneran la riqueza en templos, la puedan ver también en un prostíbulo. No hay mejor forma en que Dios puede desacreditar lo que anhelamos que otorgándole esas cosas a los hombres más viles y negándolas a los mejores.

«Pero – me dirás – es injusto que un buen hombre sea quebrantado en su salud, enclavado o encadenado, mientras los malvados resultan consentidos y se pavonean con la piel intacta.» ¿Y qué? ¿No es injusto que los hombres valientes tomen las armas y permanezcan toda la noche en el campamento, y estén de guardia con heridas vendadas ante los muros, mientras los perversos y los libertinos profesionales duermen seguros dentro de la ciudad? ¿Y qué? ¿No es injusto que las doncellas más nobles vean interrumpido su sueño para celebrar los sacrificios nocturnos mientras otras, sucias de vicio, disfrutan del mejor sueño?

Las dificultades llaman a los mejores. Las dificultades llaman a los mejores. El senado con frecuencia se mantiene en sesión durante todo el día mientras, a lo largo de todo ese tiempo, la totalidad de los inútiles inservibles se halla, ya sea divirtiéndose en el Campo de Marte, ya sea escondiéndose en una taberna, o bien perdiendo el tiempo en alguna tertulia. Lo mismo sucede en esta gran república que es el mundo. Los buenos hombres trabajan, se gastan y se los desgasta; y, además, lo hacen voluntariamente. Fortuna no los arrastra – son ellos los que la siguen manteniéndose a su lado. Si supieran cómo hacerlo, ya se le hubieran adelantado.

He aquí otra expresión que recuerdo haberle oído decir a ese hombre extraordinariamente valiente que fue Demetrio: «Dioses inmortales, – decía - tengo una

sola queja que haceros: que no me hayáis hecho conocer vuestra voluntad más temprano. Porque, después de haber sido convocado, hubiera alcanzado antes la condición en la que ahora me encuentro. ¿Deseáis tomar a mis hijos? Pues para vosotros los he educado. ¿Deseáis tomar algún miembro de mi cuerpo? Tomadlo. No es gran cosa lo que os ofrezco; muy pronto abandonaré ese cuerpo por entero. ¿Deseáis tomar mi vida? ¿Por qué no? No protestaré si volvéis a tomar lo que alguna vez me fue dado. Con mi libre consentimiento podéis tener cualquier cosa que se os ocurra pedir de mí. ¿Cuál es, entonces, mi queja? Es que hubiera preferido ofrecer a renunciar. ¿Qué necesidad había de tomar por la fuerza? Podríais haberlo obtenido como una ofrenda. Y, sin embargo, ni siquiera ahora lo tomaréis por la fuerza, porque nada puede serle arrancado a un hombre a menos que se aferre a ello.»

No me encuentro bajo ninguna compulsión, no sufro nada en contra de mi voluntad, no soy el esclavo de Dios sino alguien que lo sigue, y tanto más aun, por cierto, porque sé que todo ocurre conforme a una ley decretada y promulgada por toda la eternidad. Suponemos que las cosas simplemente suceden, y no es así: devienen. El destino nos guía, y en la primera hora del nacimiento queda establecido el lapso de tiempo del que dispone cada cual. Cada causa se vincula con otra causa, y todas las cuestiones públicas y privadas se hallan regidas por una larga secuencia de eventos. Por consiguiente, todo debe ser sobrellevado con fortaleza. Suponemos que las cosas simplemente suceden, y no es así: devienen. Hace mucho se determinó ya lo que te haría reír y lo que te haría llorar y, si bien la vida de los individuos parece estar signada por una gran disimilitud, el final es sin embargo el mismo – recibimos lo que es precedero y nosotros mismos habremos de perecer.

¿Por qué enfadarse, entonces? Si bien el propio gran creador y gobernador del universo escribió las reglas del Destino, él mismo las acata. Decretó una sola vez; obedece por siempre. ¿Para qué quejarse? Hemos nacido para esto. Dejemos que la Naturaleza se ocupe a su antojo de la materia que le es propia; enfrentemos todo con alegría y valor, sabiendo que nada precedero es nuestro. ¿Cuál es, pues, el papel de un buen hombre? Brindarse al Destino. Es un gran consuelo saber que somos impelidos junto con el universo; sea lo que fuere que nos ha ordenado vivir de esta manera y morir de esta forma, es algo que también y por la misma necesidad obliga a los dioses. Tanto los asuntos humanos como los divinos siguen un curso irrevocable. Si bien el propio gran creador y gobernador del universo escribió las reglas del Destino, él mismo las acata. Decretó una sola vez; obedece por siempre.

«¿Por qué, sin embargo, – me preguntas – ha sido Dios tan injusto al repartir destinos como para adjudicarle a los buenos hombres pobreza, heridas y una muerte dolorosa?» El fundidor no puede alterar la materia que moldea; está sometido a sus leyes. Ciertas cualidades no pueden ser separadas de ciertas otras; están vinculadas, son indivisibles. Los temperamentos desganados, propensos al sueño o a un estado de vigilia que se parece mucho al sueño, El oro se pone a prueba con el fuego; los hombres valientes con el infortunio se componen de elementos indolentes. Hace falta una materia más consistente para hacer a un hombre que merece ser mencionado con consideración. Su camino no será por el llano; deberá subir y bajar montañas, soportar embates, guiar su barca por aguas tormentosas; tendrá que mantener su curso a pesar de la suerte. Será asaltado por muchas cosas duras y ásperas, pero ablandará las primeras y suavizará a las segundas.

El oro se pone a prueba con el fuego; los hombres valientes con el infortunio. ¡Observa hasta qué alturas debe escalar la virtud! Hallarás que no tiene ninguna ruta segura para transitar:

Al principio la ruta es escarpada,
y los caballos se esfuerzan en recorrerla temprano por la mañana.
Conquistan la cumbre del cielo al ocaso
y de allí miro hacia abajo,
hacia la tierra con asombro y terror,
y mi corazón late con miedo y horror.
La ruta termina con una fuerte pendiente:
mantén aquí el control suficiente;
porque hasta Tetis, que sobre sus olas me admite,
teme que de las alturas me precipite.

Habiendo oído estas palabras, aquél noble joven respondió: «Me gusta ese camino. Ascenderé aun cuando pueda caer; valdrá la pena viajar a través de paisajes como éstos.» Pero el otro no cesó en tratar de llenar de miedo su valiente corazón:

Aunque el camino hollado conserves
y puesto a deambular, el zodiaco no dejes,
aun así por entre cuernos del fiero Toro tendrás que pasar,
por el arco de Sagitario y las fauces del furioso León tendrás que andar.

En respuesta a esto, el joven dijo: «Prepara el carro que has ofrecido; las cosas que me has dicho para atemorizarme son justamente las que me instan a continuar. Quisiera estar erguido allí en dónde hasta el Sol tiembla de miedo.»

El rastrero y el cobarde transitarán por el camino seguro; la virtud busca las alturas.

Apio Claudio el Censor – también conocido como Apio Claudio el Ciego (340-273 AC). Construyó la Vía Apia que unía a Roma con Capua y también el primer acueducto de Roma. Promovió la fundación de colonias en el Lacio y en la Campania para contener a los etruscos y fue el promotor de varias reformas legislativas.

Lucio Cecilio Metelo (ca.290-221AC). Cónsul romano en el 251 AC, logró brillantes victorias en la Primera Guerra Púnica y recibió los honores del Triunfo siendo más tarde nombrado Sumo Pontífice (Pontifex Maximus). En el 241 AC, habiéndose producido un incendio en el templo de Vesta, no vaciló en ingresar al templo envuelto en llamas para salvar el *Palladium*, el símbolo tutelar de Roma. Sus ojos, sin embargo, no resistieron el calor y se volvió ciego.

“**Doncellas más nobles**”: Aquí Séneca hace referencia a las vírgenes vestales, las sacerdotisas encargadas de mantener constantemente encendido el fuego sagrado en el templo de Vesta, la diosa relacionada con el hogar, la calidez de las emociones y, en general, el mundo interior de las personas. Las vestales se reclutaban en Roma a la edad de diez años aproximadamente y su servicio duraba treinta años: diez de aprendizaje,

diez de servicio y diez de perfeccionamiento. Una vez cumplido el servicio podían casarse si así lo deseaban.

Los versos: Corresponden al poeta romano Ovidio y a su obra “Las Metamorfosis”.

Capítulo VI

«Así y todo – me preguntas - ¿por qué a veces Dios permite que les suceda algo malo a los hombres buenos?» De hecho, no lo permite. En realidad, aparta de ellos males de todas clases: el pecado y el crimen, los malos consejos y las maquinaciones codiciosas, la lujuria ciega y la pasión avara por los bienes de los demás. Al buen hombre lo protege y lo defiende. ¿O acaso alguien pretende que Dios también cuide el equipaje del buen hombre? No; el propio hombre bueno releva a Dios de esta preocupación despreciando las cosas externas.

Demócrito, considerando que las riquezas son una carga para la mente virtuosa, renunció a ellas. ¿Por qué, entonces, te maravillas si Dios permite que al hombre bueno le suceda aquello que el propio hombre bueno desea que le suceda? Los hombres buenos pierden a sus hijos; ¿por qué no, si a veces ellos mismos los condenan a muerte? Se los envía al exilio; ¿por qué no, si a veces ellos mismos abandonan el solar nativo para nunca más volver? Se los mata; ¿por qué no, si a veces ellos mismos atacan contra su propia vida? ¿Por qué sufren ciertas adversidades? Porque han nacido para ser un modelo a fin de poder enseñar a los demás. Imagínate, pues, a Dios como diciendo: «¿Qué posibles motivos de queja podríais tener contra mí, vosotros que habéis elegido la rectitud? A los demás los he rodeado de bienes irreales y me he burlado de sus mentes vacías con algo similar a un largo e ilusorio sueño. Los he cubierto de oro, plata y marfil, pero en el contenido no hay nada bueno.

Las criaturas que juzgáis afortunadas, si pudieseis verlas no como aparecen a los ojos sino como son en sus corazones, son deplorables, sucias, abyectas – son como las paredes de sus casas, adornadas sólo en el exterior. Esa fortuna no es ni sana, ni genuina; es apenas un delgado barniz. Por lo cual, mientras pueden mantenerse firmes y brindar el espectáculo que desean, brillan y engañan; pero cuando ocurre algo que los derriba y destapa, podréis ver la profunda y auténtica fealdad que escondía su prestado esplendor.

Pero a vosotros os he dado los bienes verdaderos y duraderos que se hacen mejores mientras más se los gira y examina desde todos lados. Os he permitido burlaros de todo lo que asusta y desdeñar las pasiones. Externamente no brilláis; vuestros bienes se hallan dirigidos hacia el interior. Aun el cosmos, complaciéndose en su propio espectáculo, se burla de las cosas externas. Es en lo interno que os he conferido todo bien. Tenéis la buena suerte de no necesitar de la buena suerte.»

«Sin embargo – me dices – nos asaltan muchos pesares, nos suceden muchas cosas terribles y difíciles de soportar». «Sí, y porque no he podido apartarlas de vuestro camino es que he armado vuestras mentes para resistirlas a todas; para sobrellevarlas

con fortaleza. En esto hasta podéis aventajar a Dios. Él está exceptuado de tener que soportar el mal mientras que vosotros lo podéis superar. Burlaos de la pobreza; nadie vive tan pobre como ha nacido. Burlaos del dolor; o bien se aliviará o bien os aliviará. Despreciad la muerte; o bien marca vuestro fin, o bien os transfiere a otra vida. Burlaos de Fortuna; no le he dado ningún arma que podría herir el alma.

Por sobre todo, me he cuidado de que nada os retenga aquí contra vuestra voluntad; la puerta de salida está abierta. Si optáis por no pelear, podéis retiraros. Por ello, de todas las cosas que he considerado necesarias para vosotros, nada he hecho más fácil que morir. He dispuesto la vida sobre una pendiente: si se prolonga demasiado, observad y veréis cuan corto y sencillo es el camino que conduce a la libertad. Para salir no os he impuesto la fatigosa demora que habéis tenido para entrar. De otro modo, si la muerte viniese de un modo tan lento como el nacimiento, Fortuna tendría un gran poder sobre vosotros.

Que toda estación del año y todo lugar os enseñe cuan fácil es renunciar a la naturaleza y arrojarle en la cara todos sus regalos. En la misma presencia de los altares y los solemnes ritos sacrificiales, mientras rezáis por la vida aprended bien lo concerniente a la muerte. El enorme cuerpo de los toros se derrumba por una pequeña herida y criaturas de poderosa fuerza caen por un solo golpe de la mano del hombre; basta una delgada hoja metálica para cercenar las uniones del cuello y, cuando se corta esa juntura que une la cabeza con el cuello, toda la gran masa del cuerpo queda demolida.

El alma no se oculta en ningún profundo escondite, no se necesita ningún cuchillo para liberarla, ninguna herida profunda para hallar las partes vitales; la muerte está a mano. Para estos golpes fatales no he establecido ningún lugar fijo; cualquier camino es transitable. Incluso aquello que llamamos muerte, ese momento en que el aliento abandona el cuerpo, es tan breve que su velocidad es imperceptible. Ya sea que el cuello sea estrangulado por un nudo, o que el agua detenga la respiración, o que la dura tierra aplaste el cráneo en una caída fatal, o que las llamas quiten el aliento; sea lo que fuere, el fin llega en un instante. ¿No os da vergüenza? ¡Teméis durante tanto tiempo algo que pasa tan rápido!»

El suicidio: Hay que juzgar con suma prudencia lo que los estoicos en general dicen sobre el suicidio. Si bien es cierto que lo admite y justifica, Séneca – en primer lugar – lo que critica es el miedo a la muerte. Pero, más allá de esto, es importante destacar que admite el suicidio sólo cuando las circunstancias de la vida llegan a ser un impedimento para la práctica de la virtud. No hay que confundirse en esto: los estoicos no justifican el suicidio cometido por el sólo deseo acabar con la existencia, ya sea por cansancio, por hartazgo, o como una cobarde huida de la adversidad. A la adversidad, tal como Séneca lo expone en innumerables pasajes, el hombre sabio debe soportarla, sobrellevarla, vencerla y aprender de ella.
